
GRANDES
A
AVENTURAS
INDIANA JAMES
OJO POR DIENTE

La Ley del Talión.

Ése es, ni más ni menos, el curioso nombre de un infecto tugurio situado en el extremo norte de Hissau. Se trata de una destartalada construcción de madera, rematada con uralita, en medio de una playa artísticamente alfombrada con cascotes de botella y con vistas a un precioso mar de residuos petrolíferos, disueltos en cantidades ínfimas de agua.



Indiana James

Ojo por diente

Bolsilibros - Indiana James - 7

ePub r1.0
LDS 15.04.18

Título original: *Ojo por diente*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

La Ley del Talión.

Ése es, ni más ni menos, el curioso nombre de un infecto tugurio situado en el extremo norte de Hissau. Se trata de una destartalada construcción de madera, rematada con uralita, en medio de una playa artísticamente alfombrada con cascotes de botella y con vistas a un precioso mar de residuos petrolíferos, disueltos en cantidades ínfimas de agua.

Un tugurio, en fin, al que sólo podían acudir los más peligrosos criminales del continente, los desesperados, los desharrapados, los que habían llegado al final del camino y no tenían nada que perder: negros asesinos, italianos violadores, mercenarios blancos, marineros ansiosos de sangre, sádicos sin víctima momentánea…

… y yo.

Cada noche recorría la distancia que separaba aquel tugurio de otro imperceptiblemente mejor, la pensión donde me alojaba, mascullando entre dientes, maldiciéndome a mí mismo y preguntándome, por enésima vez, por qué lo hacía y por qué no me marchaba de una vez por todas de Guinea.

Existían varias razones. Pero, simplificando, las podía resumir en dos: una mujer y un montón de dinero.

La mujer era una mulata llamada Perla. Y el dinero, más de diez millones de dólares, en forma de tesoro hundido frente a las costas de Bissau.

Ambas cosas habían desaparecido, juntas y al mismo tiempo.

Sólo me quedaba el recuerdo de unas cuantas noches bien aprovechadas y una ridícula propina de 1000 dólares. Perla, la maldita y persuasiva Perla, me había convencido de donar el resto del tesoro al AEIOU, su organización antiesclavista de nombre

ridículo. Una vez tuvo el dinero, se esfumó rumbo a Mauritania.

—Te recordaré siempre, Indy —susurró cuando intenté retenerla, como si un huequecito en su memoria compensara los 9 999 000 dólares que se había embolsado alegremente.

Por eso, entre copa y copa, trataba de decidir cuál de las dos pérdidas me importaba más. Al principio, ganaba la chica. Y cuando el alcohol empezaba a empaparme el cerebro, la imaginaba regresando inesperadamente, llorosa, arrepentida, incondicional. Luego, a medida que los 1000 miserables dólares se fueron agotando, la visión del dinero recuperó terreno y la chica sustituida por cualquier miembro de su organización, dispuesto a repasar, cheque en mano, el tacaño detalle de la propina de los 1.00 dólares.

Como Mahoma no parecía muy dispuesto a venir a la montaña, terminé decidiendo que la montaña le haría el inmenso honor de visitar a Mahoma. Así que, una mañana, fui en busca del representante del AEIOU en Bissau y le expuse mi problema: les había regalado diez millones de dólares y por circunstancias de la vida, completamente ajenas a mis deseos e intereses —ya se sabe lo dura y cruel que puede resultar— estaba quedándome sin pasta. ¿Qué tal si me hacían un «donativo a cuenta»? Nada del otro mundo. Unos… digamos, cincuenta mil dólares. Hoy por ti, mañana por mí. No se arrepentirían. Pagaría con mis servicios esa despreciable suma. Etcétera, etcétera…

—¿Es consciente, señor James, que cincuenta mil dólares pueden significar la libertad de cien esclavos negros? —respondió aquel fulano, ofendido y escandalizado.

—Es que me he quedado sin blanca —repetí, sintiéndome un poco mezquino, ante aquel monumento de integridad y buenas costumbres.

El tipo puso cara de filósofo:

—Tiene su libertad, señor James. Y ésa es la mayor riqueza que un hombre pueda atesorar.

Quise contestarle que mi libertad, como la de los millones de seres humanos, sólo era libertad para morirse de hambre; que, en el fondo, lodos éramos esclavos: unos con grilletes y, otros, sin ellos; que muchos venderían esa supuesta libertad por un plato de lentejas que llevarse a la boca; que…

Bueno, quise contestarle muchas cosas, pero no me dio tiempo. En cuanto mencioné que aquel lujoso despacho, y su sueldo, también podían significar la libertad de unos cuantos esclavos al mes, me encañonó con un revólver «Enfield» 1880, calibre 476, capaz de esparcir mis sesos en un radio de cuarenta metros a la redonda.

Tuve que largarme, perseguido por la riada de insultos más obscena, vejatoria e interminable que haya oído en mi vida.

De modo que, esa noche, volví con mi inapreciable libertad y mis escasos 100 dólares a La ley del Talión. Iba a ser mi despedida. Del local y de Guinea-Bissau. Al día siguiente, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, lo que fuera, para largarme en busca de aires más saludables.

Bebí, bebí y bebí. Me emborraché un poco y me asusté al darme cuenta que casi me sentía a gusto entre aquella pandilla de degenerados que abarrotaban el lugar.

No cesaba de pensar que era un idiota, que me pasaba la vida dejando que todo Cristo abusara de mí, que un día haría cualquier barbaridad, que reventaría de una puñetera vez por todas y que el mundo podía irse preparando. E incluía el mundo «libre», por supuesto.

En el intermedio, entre copa y copa, entre maldición y maldición, comentaba mis crímenes del día, como quien participa en una charla entre pescadores. Ya saben, aquello de ver quién la ha hecho más gorda. Y lo curioso es que aquel juego había acabado resultando habitual, amigable.

Extrañamente, había sido acogido y aceptado en aquella cofradía de asesinos, como si fuera uno más de la familia. En las interminables noches, había recibido propuestas para saquear, robar, incendiar, violar y asesinar. Y cuando me negaba o me hacía el remolón, pretextando tener otros asuntos más interesantes entre manos, obtenía una sonrisita de complicidad, de comprensión, de camaradería, sacando a colación dudosas hazañas en las que no me había visto envuelto ni de cerca, pero que se me adjudicaban gratuitamente.

Desde luego, no sería yo quien pidiera explicaciones a aquel simpósium de tarados.

El propietario del local era un portugués enorme, una especie de

eslabón perdido, intermedio cutre el gorila y el Abominable Hombre de las Nieves, con un ojo azul y otro verde. El verde era de cristal.

—¡Y no quiero bromas sobre mi ojo de vidrio! Repetía entre grandes risotadas cuando estaba borracho. O sea, siempre. Y mostraba una Biblia pringosa, cayéndose a pedazos, que guardaba bajo el mostrador. —¡Lo dicen las Sagradas Escrituras: «Ojo por diente»!

—¿No es «Ojo por ojo y diente por diente»? Me atreví a corregirle, una noche que había bebido más de la cuenta.

—Oye, ¿estás seguro? —preguntó.

—Creo que sí…

—¿Completamente seguro? —insistió, apretándome dolorosamente la muñeca.

—Bueno, no del todo… —tanteé—. Pero yo diría que…

Se quedó muy preocupado, pensativo, casi desolado, como aquel que descubre que toda su vida ha estado regida por un principio equivocado. Y, al día siguiente, me tocó el turno de preocuparme, al ver que uno de los negros desdentados estrenaba parche de pirata sobre su ojo izquierdo.

—Tenías razón, Indy… —me saludó el portugués, sonriente.

El negro no me sonrió. Me fulminó con su único ojo sano. A partir de entonces, procuré que no se colocase a mi espalda.

Aquella última noche, ya llevaba un par de horas en La Ley del Talión, cuando se dejó oír el ruido de un motor. Un vehículo aparcó frente al local. Un inocente, seguro. O un despistado. Porque al tugurio se podía ir en coche, es cierto, pero las posibilidades de regresar en él, eran menos que nulas. Manos anónimas desmontaban el vehículo en cuestión de minutos y, si le tenías mucho cariño, podías recuperarlo comprando las piezas en el mercado negro, una a una, antes de empezar a montarlo pacientemente de nuevo.

Casi sin darme cuenta, empecé a pensar en las partes más valiosas y fáciles de desmontar. ¿Por qué no unirse a la juerga?

Me volví hacia la puerta. Todos lo hicimos, empujados por la irrefrenable curiosidad de ver qué cara tenía el Ingenuo y controlar sus movimientos. En cuanto se acercase al mostrador y estuviera ocupado con su primera copa…

Nos llevamos una sorpresa.

El ingenuo no era ingenuo, sino ingenua. Bueno, ingenuas. Eran tres. Tres mujeres.

Una rubia jovencita de ojos redondos y azules; una pelirroja de unos treinta años, con gafas y el pelo recogido como una maestra de escuela; y una negra con pinta de restañara, seguramente jamaicana.

—¡Oh, mierda! —murmuré, aterrado.

Aquello era como ver a tres gacelas metiéndose en una jaula de hienas en ayuno. Debían ser tres turistas despistadas, buscando algo de «color local», ignorantes que acababan de corresponderles todos los números de una rifa cuyo premio era una violación múltiple, seguida, con suerte, de un alegre asesinato en masa.

En un abrir y cerrar de ojos, las tres chicas se vieron rodeadas por aquella manada de bestias salvajes, repentinamente excitadas hasta el paroxismo. Algunos se masajeaban la entrepierna por encima de los pantalones; otros, babeaban una repugnante mezcla de saliva y alcohol; y me pareció que, al portugués, se le agrandaba la pupila de su ojo de cristal.

El ambiente se hizo denso, espeso, cargadísimo de turbios vapores. Y, sin embargo…

… las chicas no parecieron darse cuenta, no parecieron notar nada raro, no parecieron sentirse desnudas bajo la mirada lasciva de aquella multitud. Al contrario, sonrieron. ¡Dios, debían estar locas!

La mayor de las tres, la pelirroja, dijo:

—Estamos buscando a…

—¡… un tío bien dotado que os pase por la piedra! —cortó el portugués—. ¡Estáis de suerte, nenas! ¡Me habéis encontrado!

La carcajada fue general…

… pero, tampoco ahora, parecieron impresionadas lo más mínimo.

—Perdone… —exclamó la rubita de ojos redondos, levantando el dedo como una buena colegiala—. Bien dotados, *¿de qué?*

Un aluvión de obscenidades, todas referidas a la misma parte de la anatomía masculina, llovieron sobre ella.

—¡Ah, *sólo* de eso! —aceptó Ojos Redondos—. Después de todo, también los orangutanes la tienen de buen tamaño. Creí que era un chiste, que hablaban de inteligencia…

—¡Bah! —soltó la rastafari jamaicana—. A éstos, la inteligencia y los huevos, hace años que se les escurrieron en una meada…

Se hizo el silencio.

Un silencio total, absoluto, sorprendido, atónito.

Aquellos ejemplos andantes de depravación no podían creer que tres mocosas les plantasen cara. Yo, tampoco. Suponía que debía tratarse de una alucinación. Yo, también.

—¿Lo veis? —Remachó la Rastafari—. Tienen tan poco seso, que les faltan neuronas hasta para mover la lengua…

Aquello colmó el vaso.

El primero en reaccionar fue un negro, delgado y nervudo, con mirada de psicótico integral.

Se acercó a la rubia, la llamó «*furcia blanca de mierda*» y disparó el puño hacia su cara. Ojos Redondos lo esquivó, moviendo displicentemente la cintura y replicó con un certero golpe de karate en el puente de la nariz, hundiéndolo con un crujido siniestro. El negro aulló, perdió el equilibrio y cayó, agarrándose a la camiseta de la chica, estirándola, destrozándola. No llevaba sostenes. Hace mucho calor en Guinea.

La visión del torso desnudo y el sentimiento de estar quedando como imbéciles, fue más de lo que la chusma podía soportar. Los acontecimientos se precipitaron y ellos también. No sé si querían violarlas a tríos, o despedazarlas sin más prolegómenos, pero daba igual.

Un marinero italiano agarró a la rubita a traición, por las piernas y se la echó al hombro. Los demás se abalanzaron hacia las otras dos. Y yo…

… yo, movido por mi supina imbecilidad y algún resorte psíquico incontrolable, me zambullí de cabeza en el fregado, dispuesto a defender a las chicas, sin pensar que aquella acción equivalía al suicidio. Si lo hubiera pensado, ahora estaría desmontando las piezas de su coche.

Apenas había alzado el puño, cuando vi aparecer en la mano de Ojos Redondos una pistola «Mentz», la más pequeña del mundo a excepción de la «Kolibrí». Poco podía hacer con aquella escupeguisantes, pero la rubia parecía estar al tanto. Como quien no quiere la cosa, metió el cañón en la oreja del italiano, apretó el gatillo y consiguió que la diminuta bala de

4,25 mm,
le saliera por la otra oreja.

El tipo pareció convertirse en un montón de gelatina y se desplomó, rodando por el suelo y arrastrando a la chica con él. Antes de que pudiera levantarse, otro cafre saltó sobre ella con un cuchillo de 27 cms.

Llegué justo a tiempo de evitar que la hiciese picadillo de hamburguesa. Al cafre no pareció gustarle la interrupción y se volvió rugiendo de ira y rabia. El puñetazo que le había mandado a la nuca, lo recibió en plenos morros. Fue un buen golpe, pero, por si acaso, le clavé el tacón de mi bota en el plexo solar mientras caía. Ojos Redondos le pateó la entrepierna para rematar la faena.

Entretanto, Maestra y Rastafari repartían mamporros a diestro y siniestro, con la efectividad de quien ha pasado infinitas horas en un gimnasio de artes marciales o pertenece al Escuadrón Suicida de cualquier compañía de mercenarios.

Ojos Redondos y yo, nos unimos a ellas: esquivamos cuchilladas, partimos mesas, destrozamos sillas, fracturamos cráneos, aplastamos narices, rompimos dientes, amoratamos ojos y nos maravillamos de los resultados. No podía creérmelo, pero los manteníamos a raya.

—¡Marchaos, yo os cubro la retirada! —grité en determinado momento, haciendo gala de mi habitual gallardía, siempre fuera de lugar.

—¡No digas chorradas, nene! —me espetó Rastafari, al tiempo que clavaba una botella rota en el cuello de un mestizo que se disponía a atacarme por la espalda—. ¡Si te has cagado en los pantalones, sal y límpiatelos! ¡Nosotras te cubriremos!

Con una llave de judo, Maestra estampó al portugués contra el pringoso espejo situado tras la barra y exclamó:

—Bueno, yo estoy un poco cansada. Es que ayer me acosté tarde… —Y puso cara de disculpa, abrió su bolso, y extrajo un enorme revólver «Bland» del 577, agarrándolo con las dos manos. Lo movió de derecha a izquierda—. ¡Se acabó la tiesta, capullos! ¡Quietos todos!

Los pocos animales que quedaban en pie, contrajeron el virus de la parálisis instantánea ante aquel arma monstruosa. De un solo disparo, la chica podía matar a tres o cuatro, perforar la pared y

hundir algún pesquero que navegase a varias millas de la costa.

Yo suspiré, incrédulo, reafirmándome en mi primera suposición: ¡estaban locas! ¿Por qué demonios no habían sacado antes aquel cañón?

Sus dos compañeras se colocaron a ambos lados de Maestra para formar bloque, irguiéndose desafiantes. Para mi gusto, un poco demasiado erguidas. Sobre todo, Ojos Redondos, que seguía con sus tetas al aire.

Un estremecimiento recorrió la plana mayor de aquellos degenerados. Tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo por seguir inmóviles. No se trataba de valentía, u orgullo, sino de aquellos rotundos senos que conmovían hasta la fibra más profunda de su ser. Finalmente, el «Bland» 577, debió tocar otra fibra aún mucho más sensible, porque siguieron jugando a las estatuas.

—Vístete, Issy —dijo Maestra, que también se había dado cuenta de lo que ocurría—. No quiero acabar nadando en baba de puerco.

Con la mayor naturalidad, Issy, o sea, Ojos Redondos, se quitó los restos de su camiseta, antes de hacerse con la camisa de uno de los caídos. Fue un momento peligroso. Uno de los «muchachos» no pudo vencer la tentación y alargó temblorosamente una mano hacia ella. El «Bland» tronó y el fulano tuvo que buscar los pedazos de su extremidad por todo el bar.

—¡Todos al suelo! ¡Vamos! —gritó Maestra, para evitar más tentaciones. La chusma besó el suelo con un entusiasmo indescriptible. Volviéndose hacia el portugués, que tenía el rostro convertido en una máscara de sangre y había perdido su ojo de cristal, añadió—: ¡No, tú, no…!

¿Qué nueva locura se le había ocurrido?

—Tú, bájate los pantalones —ordenó Maestra, rezumando satisfacción. Al ver que dudaba, le apremió—: ¿Es que no me has oído? ¡Tienes tres segundos…!

Y el portugués se los bajó, temblando de furia. La chica puso cara de asco:

—¡Puff! ¿Cuántos años hace que no te cambias los pañales, guarro…? Bueno, no importa, ¡abajo con ellos! —Y abajo fueron. La risotada inclemente del trío de mujeres, fue inmediata—. ¿A «eso» le llamas estar «bien dotado»?

Varias cabezas se movieron, sin dejar de tocar el suelo, atraídas

irremisiblemente por la pregunta.

—Estaba dispuesta a reventártela de un tiro —comentó Maestra, moviendo el revólver y guiñando un ojo, como quien hace puntería —. Pero, a esta distancia, *sólo* sería capaz de acertar una mosca…

Pude imaginar perfectamente la pesadilla en que se convertiría la vida del portugués tras aquella noche. Se acabarían las bromas sobre su ojo de vidrio, sí, pero…

—Bueno, ya está bien —intercedí, deseando terminar aquella escena—. Larguémonos de aquí, chicas.

Rastafari le dio un amigable codazo a Maestra.

—¡Mira, éste! ¡Se cree con derecho a dar órdenes!

—¡Debe estar convencido que nos ha salvado la vida! —Corroboró la otra.

—Mirad, yo no creo nada. Yo solo…

Maestra desvió el cañón de la «Bland» hacia mí, Indiana *Estatua* James. Añadió:

—Quizá espera que nos lo llevemos a casita y le agradezcamos su «favor», como solo sabe hacerlo una mujer, ¿verdad?

—Sí, eso es —remachó Rastafari—. Porque nosotras solas no hubiéramos tenido ninguna oportunidad, porque las mujeres somos seres inferiores que sólo sirven para adorar a su dueño y señor, para cuidarle y mimarle, para hacerle la comida y zurcirle los calcetines. ¡Pues no necesitamos a ningún macarra como tú! —Y, sin solución de continuidad, me pegó un puñetazo en la nariz.

Inmediatamente, Ojos Redondos se unió a la fiesta. Mientras Maestra vigilaba con su cañón, las otras dos empezaron a machacarme sistemáticamente. Yo me cubrí con los brazos, esquivé lo que pude, encajé lo que no, y soporté estoicamente el aluvión de golpes, firme y decidido a no cometer la imperdonable grosería de pegar a una mujer…

… pero, o los estoicos eran más duros de lo que nos pensamos, o no habían tenido que enfrentarse con dos especialistas en cuerpo a cuerpo, porque mi paciencia se agotó, me cabreé, me enfurecí, perdí el «oremus» y, al grito de: «¡Si esto es lo que buscáis, lo tendréis!», apunté el puño contra el mentón de Ojos Redondos…

… y fallé. Caí hacia delante, llevado por el impulso de mi fracasada embestida, sentí que una de ellas me ponía la zancadilla —¡a saber cuál!— y me encontré en el suelo. Y empezaron a

coserme a patadas, bien pensadas, bien dirigidas, bien —o, más exactamente, mal— intencionadas.

Por amor propio, sobre todo, traté de agarrar una de las piernas que se movían a mi alrededor para arrancarla de cuajo, pero sólo conseguí que me pisoteasen sádicamente las manos.

Al cabo de un rato, cuando estaba hecho polvo y resultaba evidente que no soportaría mucho más aquel castigo, dejaron de golpearme con la orden seca de que me levantase.

Me arriesgué a echar una mirada a mí alrededor. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Tenía el revólver a un centímetro de mi frente y Rastafari se estaba apoderando de un machete caído en el suelo.

Apenas había terminado de incorporarme, la negrita deslizó el machete entre mis piernas, con el filo hacia arriba, y presionó. Me puse de puntillas…

… y siguió presionando. Creo que terminé apoyándome sobre la punta de las uñas, pero el machete apretaba y apretaba.

—¿Qué te parece esto, hijo de puta? —Escupió Rastafari.

—¡Una locura! —protesté yo con un hilo de voz—. ¿Qué…, qué os he hecho yo? —Temo que la pregunta salió de mi garganta con un deplorable tono de súplica.

Maestra se dirigió a los supervivientes de la batalla campal, aspirando aire profundamente, llora del mitin.

—Este cerdo violó a Sarah Bloom, una chica tic catorce años, en Sudáfrica. Como no había «pruebas» contra él, la policía ni siquiera se molestó en detenerle. Nosotras nos tomaremos la justicia por nuestra mano. Cuando encontréis sus pedazos en la playa, acordaos del motivo. ¡Qué os sirva de lección a todos!

Aquellos engendros infernales, aquella escoria incalificable, se apresuró a asentir con vehemencia, a prometer que lo recordarían, a jurar que se portarían bien, a corroborar que sí, que me lo tenía bien merecido. Incluso, alguno, se ofreció a ayudarlas.

—¿Sarah Bloom? —protesté yo, cuando se acalló el rumor—. ¡Pero… si no la conozco! ¡Nunca he conocido a nadie que se llamé así…! ¡Jamás violé a nadie!

Locas, no había duda. Eran tres locas peligrosas e irrecuperables, escapadas de cualquier celda acolchada.

Me fulminaron con sus miradas.

—¡Eso dicen lodos! —sentenció Ojos Redondos.

—¡Muévete! —ordenó Rastafari, dando otro golpecito hacia arriba con su machete—. Te llevaremos a un lugar donde podamos firmar en vídeo toda la «lección». Será algo muy… educativo.

No tuve más remedio que caminar hacia la puerta.

Fuera esperaba un «Toyota» todo terreno. E intacto. Nadie había tenido tiempo de desarmarlo. Habían estado demasiado ocupados para tonterías parecidas.

Sentí el contacto metálico del cañón del «Bland» contra mi nuca, pero no le presté la menor atención.

No, no fue por valentía. Seré sincero…

… por más que me empeñaba, no podía apartar mis ojos del machete que Rastafari hacía juguetear en su mano.

CAPÍTULO II

Circulamos en silencio durante varios minutos, hasta que…

¡… hasta que estallaron en carcajadas!

Maestra apartó la pistola de mi sien, Ojos Redondos tuvo que concentrarse para no estampar el coche contra algún edificio y Rastafari me palmeó amigablemente la mejilla con la parte plana del machete.

«¡Dios, no! —pensé—. Ahora me dirán que lodo ha sido un error o una bromita inocente y no tendré más remedio que estrangularlas para recuperar mi paz espiritual».

Pero no se disculparon, no, señor. Siguieron riendo, y riendo, y riendo.

—¡Lo siento, pequeño! —Se sofocó la jamaicana, llorando de hilaridad—. ¡Es que pusiste un careto de chimpancé aterrorizado, que…! —La histeria de las otras dos, aumentó.

—¿Y la cara de cabreo que pone ahora? —Machacó Ojos Redondos—. ¡Mirad, mirad! —Y me señalaba con el dedo.

Aspiré profundamente, intentando calmar mis ansias asesinas y decidí no darles el gustazo de montar el número. Fingiendo toda la tranquilidad que no sentía, dije:

—Parad. Yo me bajo.

No pararon, pero se les cortó la risa de golpe.

—Ni hablar. Vas a trabajar para nosotras —sentenció Ojos Redondos, con la seguridad de quien anuncia ante el mundo que dos y dos son cuatro.

—Antes le beso el culo al portugués —anuncié impertérrito tamaña barbaridad.

Eso debió impresionarlas, porque se callaron unos segundos.

—Llevamos dos meses buscándote —explicó Maestra, que

parecía llevar la voz cantante—. No queríamos armar jaleo, pero nos han provocado y hemos tenido que defendernos.

—¿Y de mí? —contraataqué—. *¿También teníais que defenderos de mí?* ¡Era yo quien os quiso defender a vosotras!

—Sí, fue una mala idea —y las otras dos movieron la cabeza arriba y abajo, para acentuar el reproche—. Pero, en fin, pudimos solucionarlo. Ya lo entenderás todo cuando te pongamos en antecedentes.

Era inútil insistir. Seguían en sus trece.

—¿Paráis o me bajo en marcha? —pregunté con firmeza.

—Paramos, paramos… —accedió Maestra, clavando el freno de mano. Me sentí mejor. Al menos, unos segundos. Hasta que añadió —: Después de todo, ya hemos llegado.

Estábamos en el puerto. Iba a protestar, pero sólo me dio tiempo de abrir la boca. La «Bland» de Maestra apareció de la nada y quedó incrustada entre mis labios.

La situación y mi expresión les debieron parecer muy divertidas, porque estallaron nuevamente en carcajadas mientras me secuestraban hasta una *Zodiac*, que nos condujo a una lancha patrullera «Whistler 211», una reliquia de la guerra de Corea anclada en medio de la bahía. Su pabellón lucía tres banderas: la inevitable panameña, la de Guinea-Bissau —por cortesía al puerto local— y otra con las siglas DWARF, impresas en blanco sobre fondo violeta, el color de las feministas.

La tripulación estaba compuesta por media docena de mujeres, que empezaron a preparar la partida en cuanto pisamos cubierta.

Me condujeron hasta una especie de salón, atestado de libros y archivadores, con los pocos espacios libres acribillados con pósters, ofensivos y burlones para con el género masculino, y algunos mapas de operaciones con misteriosas chinchetas de colores, clavadas aquí y allá. Las siglas DWARF estaban por todas partes.

—No te sorprendas, si no te suena el nombre aclaró Maestra. —Somos una organización serreta que actúa en la sombra.

—¡Qué bien! ¡Los «dacois» de Fu-Manchú en versión femenina! —ironicé, sin poder evitarlo.

—¡Muy gracioso, el gilipollas! —Ladró Rastafari—. Pégale un tiro, Maggie.

Maestra me miró con cara de mala leche, y alzó su lanzamisiles,

y lo apuntó hacia mí, y lo amartilló. Me puse muy nervioso. Las creía capaces de volarme la tapa de los sesos.

:—Está bien, está bien… ¿es que no sabéis aguantar una broma?

—No —respondió Maestra.

Se me acercó y levantó el revólver. Lo apoyó en mi frente y empezó a apretar el gatillo. Y me puso todavía mucho más nervioso.

—¡Nooooo! —grité, saltando hacia un lado.

Maestra me obsequió con una sonrisa deslumbrante y colocó el percutor en su posición original.

—¿Quién es el que no sabe aguantar una broma? —preguntó, intentando poner una expresión ingenua.

—¡Iros a la mierda! —estallé.

Pero se quedaron. Y me lo contaron todo.

Primero, se presentaron: Ojos Redondos se llamaba Issy —por Isadora—. Negrita Rastafari, se llamaba Sol —por Soledad—, y Maestra, era Maggie.

—¡Como la Tatcher! —Se me ocurrió decir.

Y tuve que retirar tan ofensiva comparación, ante el «¡Click!» del «Bland».

Sus siglas significaban algo así como *Direct Women Acticn Reveng Front's*

. Una especie de «Frente Femenino de Venganza y Acción Directa». Al principio, se habían dedicado a realizar pintadas en los coches y fachadas de violadores, absueltos por falta de pruebas. *Graffitis*, del tipo: «Aquí vive un violador», o «Redward:

1000 $

de recompensa a quien lo castre».

Después, viendo la inutilidad de sus acciones de protesta y denuncia, se organizaron en comandos y dieron comienzo a las «operaciones de escarmiento»; palizas, atentados incruentos contra empresas que discriminaban a la mujer, o agencias de publicidad responsables de *spots* especialmente denigrantes, etc., etc.

Finalmente, había llegado la etapa de «operaciones a gran escala».

—Deberías sentirte orgulloso —sentenció Maggie *la Maestra*—. Serás el primer hombre al que permitimos colaborar con nosotras.

—*Si* colaboro… —apunté, precavidamente—. No he aceptado nada. Antes, tendréis que explicarme en qué consiste esa

«colaboración»…

Issy, la *Ojos Redondos*, abrió un cajón y sacó un inmenso fajo de billetes.

—Primera explicación:
30 000
dólares al contado, para ti —y me los pasó por delante de las narices, suponiendo que su olor me enloquecería rumo a un perdiguero. Me enloquecieron, pero logré no demostrarlo—. Supongo que, para un aventurero como tú, éste es el detalle más importante.

Suspiré, haciendo un gesto displicente.

—Digamos que es una buena forma de empezar. Pero faltan los detalles.

La operación planeada se llamaba «Mar de China». Para explicármela, se ayudaron con mapas, reportajes de prensa, fotos e informes de la ONU. Aunque ya conocía la mayor parte de la historia, me callé. Cuanto menos las contrariase, mejor. Y si estaban en juego
30 000
dólares, mejor que mejor que mejor…

A mediados de los años 70, cuando terminó la guerra de Vietnam, empezó a producirse un imparable éxodo entre los golfos de Siam y Tonquín: los vietnamitas, demasiado acostumbrados al sistema de vida que habían impuesto los EE. UU., durante la ocupación del país, escapaban en frágiles embarcaciones, muchas veces simples botes —de ahí su nombre, «boat people»—, lanzándose a la deriva en el Mar de la China meridional con la esperanza de llegar a Thailandia, Indonesia, o Filipinas.

La ONU cifraba en
900 000,
el número de viets que habían intentado la huida. De éstos,
650 000

la habían culminado con éxito. Nada o poco se sabía de los otros
250 000.

Muchos de ellos debieron naufragar, pero otros se toparon con un destino aún más trágico: cayeron en manos de piratas thailandeses o malayos. Puesto que huían con todo aquello que tenían de valor, se convertían en una presa apetecible. Puesto que iban desarmados, eran una presa propicia. Puesto que estaban agotados tras varios días a la deriva, constituían presa fácil.

Los piratas arramblaban con el botín, mataban a los hombres, violaban a las mujeres, y hundían la embarcación. El mar se tragaba las pruebas de la indigna masacre.

Un asunto cómodo, sencillo y limpio. Un asunto perfectamente repugnante.

Pero este tipo de piratas, eran los más «torpes».

Un grupo, en vez de matar a las mujeres, las «seleccionaba» y llevaba a las más aprovechables hasta una pequeña isla del archipiélago malayo, donde quedaban confinadas para… Bueno, la forma más suave de exponerlo, es decir que se convertían en «esclavas sexuales».

—Y el gobierno malayo no hace nada por impedirlo —concluyó Maggie, en el tono más agrio que le había oído hasta entonces.

—Si no recuerdo mal… —dije yo—, los Cascos Azules de la ONU tomaron la isla por asalto hace tres años y liberaron a las chicas.

—¡Oh, claro! —admitió la pelirroja—. ¡De alguna manera tenían que tranquilizar la conciencia y justificar sus presupuestos! Rescataron a las chicas, sí, pero *dejaron huir a los piratas que las sigilaban.*

—Ahora, han vuelto a las andadas —prosiguió Issy, que parecía la más calmada—. Y están mejor organizados. Tienen contactos con las altas esferas de su país. Han convertido una isla en un burdel de lujo para millonarios sádicos. Pagando la tarifa correspondiente, puedes hacer lo que quieras con la chica. ¡Literalmente, lo que quieras!

—Ya no se trata de tirarte una adolescente, nenito —continuó Sol *la Rastafari*—. Puedes golpearla, torturarla lentamente y rematarla de la manera que más te plazca. ¿Por qué no…? Nadie la reclamará, ni la echará de menos.

Maggie se reservó la nota final:

—La única posibilidad es atacar la isla. Y *nosotras* lo haremos.

Me ratificaba por enésima vez: estaban locas. Pero su locura empezaba a contagiarme, a atraerme, a gustarme.

—Bueno… —empecé, engolando la voz para hacerme el importante—. Por un lado, soy lo bastante tonto para enrolarme en una cosa así —y lo bastante desesperado, pensé para mí—. Y, por otro, no me irían mal esos
30 000
dólares. Si vuestro plan es factible, estoy dispuesto a dirigir la operación.

—¡Miren el tonto del culo éste! —exclamó Sol—. ¿Y quién te necesita para *dirigir* la operación?

—Será una frase hecha, pero es cierta: todos los tíos sois iguales… —Remachó Maggie.

Yo estaba un poco desconcertado.

—Entonces… —balbucí.

—¡Calla, retrasado mental! —Me escupió la negrita—. Sabemos que existe esa isla, nos lo dijo una chica que consiguió escapar, pero no sabemos dónde se encuentra. Necesitamos a alguien, *necesariamente* un hombre, que contacte con los piratas, se una a ellos, llegue hasta su isla y nos comunique por radio las coordenadas. El resto es cosa nuestra.

—¡Oh, *sólo* eso! —dije, remedando el tono que Issy había empleado en La Ley del Talión.

—¡Exacto, *sólo* eso! —remarcó Maggie, sin dar muestras de haber captado mi fina y sutil ironía—. Y por eso hemos montado el numerito de la castración. Nadie debe saber que trabajas *para* nosotras. Tú eres un aventurero degenerado y sin escrúpulos, ¿entendido?

—Entendido, entendido… El viejo Indy se juega el cuello unos cuantos millones de veces y cuando ha conseguido averiguar lo que queréis, resulta que no tenéis bastantes flotadores para cruzar todas el Mar de la China. ¡Perfecto! ¡Fabuloso! ¡Genial!

Antes de que se desatara el huracán de protestas, proseguí:

—Escuchadme. Una operación como ésta, no se improvisa. ¡Mierda! Ni siquiera estoy seguro de que yo pudiese organizar un tinglado de ese tipo, lo siento, pero creo que vosotras mucho menos… ¡dicho sea con todos los respetos!

Las tres chicas sonrieron. Amable, dulce, ampliamente. Se habían guardado la bomba final.

Y la soltaron en el momento oportuno.

—No somos nosotras las que organizaremos el asalto, imbécil… —apuntó Sol.

—Tenemos a la persona adecuada —siguió Issy.

—¡Y es una mujer! —Remató Maggie.

Oí la puerta del salón abrirse a mis espaldas.

—¿O acaso dudas de mi, James?

Reconocí la voz antes de volverme. Y cerré los ojos. Era Virginia Jane Scapin, Virgin para los amigos, en el dudoso caso que tuviera alguno. Conocida desde el Estrecho de Bering al Cabo de Hornos por su capacidad para mezclarse en cualquier asunto, por turbio que fuera, siempre y cuando hubiera dinero de por medio. Mucho dinero.

Allí estaba, con su sombrero «Badén Powell», su látigo y su aire de *femme fatale*. La última vez que la vi, fue en los mandos de un helicóptero, abandonándome en la tundra canadiense con una jauría de millonarios asesinos[1].

Ahora, estaba acompañada por un petimetre bajito, estrecho de pecho y con gafas, al que uno imaginaba más fácilmente como cajero de una sucursal de banco de provincias, que al lado de un escorpión como Virgin. Jamás en mi vida, ni siquiera en los más completos manuales de masoquismo, había visto una mirada como la suya, cuando fijaba sus ojos en la mujer. Parecía estar dispuesto a besarle las botas, si su «ama» se dignaba dirigirse a él con el más rastrero de los insultos.

La mirada de Virgin era distinta. Me crucificó en el sillón, como el general que mira al más desastrado de sus soldados en trance de hacer sus necesidades en la enseña del regimiento:

—¿Te han informado que estás *a mis órdenes*?

Bajé la vista, instintivamente, hasta mi mano. Allí seguía la cicatriz que me hizo con su látigo.

—Ha sido un placer, chicas —saludé, sonriente—. Me largo.

Virgin alzó las cejas, haciéndose la ofendida.

—¿Insinúas que una mujer es incapaz de enfrentarse a una situación de este tipo?

Las tres mujeres del DWARF formaron frente ron ella. Y contra mí. La muy zorra sabía jugar mis cartas.

—Jamás insinuaría tal cosa de una mujer —me defendí—. Pero, hablábamos de ti…

Fue peor que si le hubiera pegado una bofetada. Y seguí atacando, sin darle tiempo a reaccionar:

—Las complicaciones y tú, sois amigas íntimas. Yo lo sé y tú lo sabes. Si ellas lo supieran tan bien como nosotros, no te habrían contratado. No necesitaba otra prueba mejor para ver que todo esto es una chapuza…

Issy pareció dudar:

—Virgin tiene un currículum que la acredita Mimo una *persona* valiente y decidida, con dotes de mando y conocimientos estratégicos —dijo, medio asegurando, medio preguntando.

Si sacaba partido de aquella vacilación, todavía podía ganar la partida. Pero Virgin me ganó la mano. Se me adelantó:

—A él le importa un comino. ¿Qué se puede esperar de alguien que opina que las mujeres sólo valemos para fregar, barrer y alegrar las noches de cerdos como él? —mintió descaradamente.

—¡Eso no es cierto! ¡Es una asquerosa y sucia mentira! —grité. Pero el ambiente se había enrarecido a mí alrededor.

—¡Demuéstralo, cabrón chauvinista! —exclamó Sol, empuñando el machete—. ¡Demuestra que es mentira, aceptando que ella da las órdenes!

Apreté los puños, apreté los dientes y casi me fracturo yo mismo todos los huesos, desde la punta de los dedos a la mandíbula. Sopesé mentalmente las dos alternativas.

Si me negaba, me devolverían a Bissau con los bolsillos vacíos, quedaría como un machista de mierda y las vietnamitas seguirían en la isla. Virgin era demasiado lista para no coger su dinero y esfumarse al microsegundo siguiente… Todo eso, suponiendo que saliera vivo del barco.

Por otra parte, si aceptaba, tendría mis
30 000

dólares, haría lo posible porque la operación resultase y, ¿quién sabe?, quizá podría terminar vengándome de Virgin. Final feliz y todos contentos.

¡Mierda, era demasiado tentador!

—Acepto —afirmé.

Se ultimaron detalles en una reunión posterior.

Virgin aprovechó la discusión para tratarme como un miserable mercenario alquilado por cuatro chavos. Y, encima, tuve que soportar las miradas llenas de inquina de Brains, su esclavo, al que no parecía gustarle que su ama dedicase demasiada atención a otro…, aunque fuese para insultarle.

Tras cenar con el resto de la tripulación, me asignaron un camarote para dormir, con la grosera insinuación de que cerrase la puerta por dentro. Nunca se sabía…

En la puerta, Virgin comentó:

—Por cierto, a mí me pagan 300 000 dólares por este trabajo. ¿Y a ti?

Creí que, después de todo, no podría dormir.

Pero lo hice. Y a pierna suelta.

Debí olerme que aquello era demasiado raro.

CAPÍTULO III

Cuando desperté, al día siguiente, ya habíamos atracado en el puerto de Dakar, en Senegal.

La última entrevista con el grupo fue a borde del *Whistler*. Pregunté:

—¿Y si no consigo ser aceptado entre los pi ratas?

—Malo, James. Eso significará que no confían en ti, o que te han descubierto —apuntó Virgin sonriente. Supe que, mentalmente, estaba relamiéndose con tales posibilidades—. En los dos casos, te matarán.

—Lo conseguirás, seguro —añadió Issy—. Llevamos dos meses difundiendo rumores sobre ti. Nada que se pueda probar, claro, pero en estos momentos tu reputación debe estar por debajo de la de los cerdos —y comprendí por qué había sido aceptado en La Ley del Talión, y me dieron ganas de hacer una barbaridad, y me sentí dispuesto a dar fundamento a esos rumores. Para empezar, no estaría mal liquidar todas las ocupantes de cierta lancha patrullera de la guerra de Corea.

Después, me dieron la frecuencia que tendría que emplear cuando, una vez en la Isla del Placer —así la llamaban en los círculos interesados—, tuviera que contactar con ellas.

—¿Y cómo os las arreglaréis para llegar a Indochina?

—No te preocupes, James. Llegaremos —se adelantó Virgin a las demás. Luego, se volvió hacia ellas, sonriente—. Cuanto menos sepa, mejor. Así, si deciden torturarle, no podrá traicionarnos, aunque quiera…

Y me dedicó una de sus gélidas sonrisas.

Me entregaron los

30 000

dólares, asegurándome que, una vez concluida la operación, añadirían los gastos. Y de propina, como muestra de su enorme corazón, me regalaron un lote de libros. Todos feministas.

Adiós, adiós, ya nos veremos y hasta pronto.

Tomé un avión con destino a Roma e hice transbordo con otro de línea regular que llegaba hasta Singapur.

Como era un viaje largo, con muchas escalas, intenté distraerme con los libros de las DWARF. Allí estaban, *El hombre hembra*, de Joanna Russ; el *Manifiesto*, de Valerie Solanas y el *SCUM* Society for Cutting Up Men, una organización feminista comparada con la cual, la de mis recientes amigas no era más que una pandilla juvenil, amigada de meriendas campestres; varios tomos de Simone de Beauvoir, y otros del mismo estilo. Decidí concentrarme en lo más moderado. *Miedo a volar*, de Erica Jong. Al fin y al cabo, era una novela. El título era sólo una metáfora, no era exactamente a volar a lo que tenía miedo la Jong, pero la autora se recreaba en la metáfora, la utilizaba a menudo y la mezcla de ambos sentidos, teniendo en cuenta que yo viajaba en avión, me resultaba altamente inquietante.

De Bagdad a Carath, Pakistán, me puse a pensar. Y, naturalmente, acabé amargado. Iba a jugarme el pellejo por
30 000
dólares. Y Virginia Jane Scapin cobraría diez veces más, sin correr ningún riesgo. ¡Sólo por planear supuestamente una estrategia y, por supuesto, mantenerse a retaguardia!

De Carath a Bangkok, la amargura se transformó en cabreo de los gordos. Cuanto más pensaba, más loco, estúpido, suicida e inconsistente encontraba el plan. ¿Tendría una radio a mano? ¿Para avisar al grupo de ataque? Y, suponiendo que la tuviera, ¿captarían mi mensaje? Y, aún más, suponiendo que pudiese avisarlas y captasen mi mensaje, ¿no sería el ataque una masacre inútil?

En Bangkok, estaba de un humor de perros. Y un joven de unos diecisiete años, un malayo vestido con tejanos y una camiseta de los «AC/DC», no contribuía a mejorarlo. Cada vez que le cantaba la vista, encontraba sus ojos clavados en los míos. Incluso me sonreía ansiosamente, mostrando dos hileras de carcomidos y amarillentos dientes, bajo sus gruesos labios.

Parecía que se moría de ganas por caerme simpático. Tenía la

actitud de un fan irredento, al verse repentina e inesperadamente frente a su ídolo.

—¿Tiene la bondad de permitir a este humilde servidor que se siente a su lado? —terminó por aplicarme, casi transido de emoción y sentimiento.

No supe como negarme. Sobre todo, porque el asiento estaba libre. Pero, de buena gana lo hubiera hecho. Hubo un tiempo en que me ponía frenético el que todo el mundo se equivocara con mi nombre, confundiéndolo con Jones. Ahora, era al revés: cuando alguien lo pronunciaba correctamente, era cosa de echarse a temblar.

Es un honor conocerle en persona —me estaba diciendo el muchacho—. Un honor inesperado, por bien que deseado. ¿Sería tan amable de firmarle a este humilde admirador un autógrafo?

Pensé que estaba más loco todavía que las locas del DWARF, pero no me costaba nada complacerle.

—Claro, ¿tienes un papel?

El chico sacó su cartera y estuvo un buen rato hurgando entre billetes pringosos y documentos hechos pedazos, que sólo lo parecían gracias a la mía adhesiva transparente.

Acabó encontrando lo que buscaba, un recórtele periódico, y me lo tendió:

—¿Tendrá la bondad de firmar sobre la foto, señor James? Quizá podría añadir una pequeña dedicatoria. Me llamo Panang.

Cogí distraídamente el recorte, lo miré, y sentí como si Sol, la negrita, hubiera utilizado finalmente su machete. Me faltó el habla, me faltó el aire y me dio la impresión de que me faltaban… bueno, otras cosas.

El recorte pertenecía al *Singapoore Times*. Estaba fechado tres semanas atrás y, sobre mi foto, podía leerse el siguiente titular: «Indiana James, el último pirata del Caribe». Leí incrédulo el texto. En él se afirmaba, con todo lujo de detalles, que yo me dedicaba a asaltar yates de recreo, asesinar despiadadamente a sus tripulantes, violar a cuanta fémina se hallase en la embarcación, y esfumarme con un cuantioso botín, carcajeándome siniestramente, bailando en el palo mayor de mi galeón corsario. Era todo tan increíble, que el mismísimo George Lucas lo hubiera rechazado como guión de cine.

—¿Le ocurre algo, señor James? —interrumpió mis

pensamientos Panang, preocupado—. ¿Quizá no considera a este humilde servidor digno di su firma?

—Aquí, no —hacerlo, sería darle veracidad confirmación a aquella sarta de infamias—. ¿Tienes un papel en blanco?

Le estampé una firma, mientras recordaba las palabras de Issy: «Llevamos dos meses difundiendo rumores sobre ti…». ¿Rumores? El que aquel repugnante reportaje fuera firmado por una mujer, me confirmó que, detrás de todo aquello, estaba la mano del DWARF.

El malayo volvió a la carga, tozudamente:

—¿No se dará la increíble casualidad de que su desplazamiento a Singapur, tenga como meta alguno de sus interesantes negocios? —Y recalcó la palabra «negocios» con un tono ambiguo, lleno de tétricas y excitantes sugerencias.

Contesté con un gruñido que igual podía significar «sí», «no», o «no te importa».

No se desanimó. Entre «humildes servidores» y «honorables señores», se lanzó a explicarme que en Malasia también había piratas, que era un buen negocio, que atacaban las embarcaciones de los vietnamitas, y que se refugiaban en los puertos pesqueros del litoral. Entre la infinidad de pescadores, no podía saberse quién actuaba de corsario. ¡Como si yo no lo supiera!

Ya embalado, se lanzó a improvisar. Él, el más humilde servidor de todos los humildes servidores, se dirigía a Singapur, precisamente, para intentar «abrirse camino» en el negocio. Pero no lo hacía falto de experiencia, no, señor, ni mucho menos. Si hubiera tenido que dar crédito a sus palabras, no habría familia malaya a la que no hubiera desvalijado, bicho viviente que no hubiese exterminado, ni arma que no supiera montar y desmontar con los ojos cerrados. Toda una joya.

Terminó su hábil exposición con la oferta de rigor:

—Si este humilde servidor puede ser de alguna utilidad al honorable señor Indiana James…

—No.

—El gran Indiana James es el más adecuado para juzgar las capacidades de este humilde servidor, pero me permito…

Estaba a punto de destrozarme los nervios, así que decidí llevarle la corriente:

—Dame tu dirección. Si te necesito, me pondré en contacto

contigo.

Cuando nos despedimos, se marchó feliz como unas pascuas. Debía pensar en las multitudes que degollaría, los harenes que violaría y los miles de tiburones que engordaría con las presas arrojadas al mar, en cuanto le llamase para enrolarle en «mi» banda.

Tras los prolegómenos de rigor —alojamiento, ducha sueño y una buena comida— di comienzo a mi campaña.

Durante una semana, recorrí todos los garitos portuarios de Singapur, más los de toda la costa oriental de Malasia. Busqué camorra y la encontré; machaqué unos cuantos fulanos en cada garito y unos cuantos fulanos de cada garito me machacaron a mí; lancé cables sobre mis fantásticas experiencias en el Caribe y me los devolvieron entusiasmados, deseando enrolarse conmigo, anuncié que estaba dispuesto a asesinar por precios módicos, incluso con sustanciosos descuentos para grupos y multitudes, y me anunciaron que, de todos modos, era caro. Los precios del tercer mundo, ya se sabe…

En fin, que acabé de hundir en el lodo mi nombre y mi reputación. Muy muy profundamente. A conciencia y con regodeo.

Cada noche, en cada tugurio, con cada nueva entrevista, pensaba que el momento clave estaba a punto de llegar. Alguien me palmearía la espalda, me sonreiría con aire de colega y me preguntaría:

—¿Por qué no te unes a nosotros, Indy?

Pero ese instante no llegaba nunca. Torvos hindúes, inquietantes chinos, raros blancos, taciturnos malayos y corpulentos negros, me aceptaban entre ellos, como uno más, ofreciendo sus servicios, pero sin ofrecerme un puesto entre los piratas.

Y, cada día, aumentaba mi sensación de que estaba perdiendo el tiempo, haciendo el imbécil, poniéndome en ridículo, destrozando el futuro para el resto de mi vida. Y la sensación tenía su lógica: si contaban con un negocio ya montado, que funcionaba perfectamente viento en popa —y nunca mejor empleada la expresión—, ¿para qué buscarse nuevos socios?

Una cosa era segura: no podía pasarme la vida de tabernucho en tabernucho, emborrachándome.

Con alegre camaradería con la hez y la escoria de la humanidad.

Se imponía cambiar de táctica.

Fui en busca de Panang y le hice la pregunta que no me habían hecho a mí. Aceptó encantado, aun antes de que terminase de formularla.

Por 15 000 dólares compré un junco en regular estado y se me fueron otros 6000 en el mercado negro, donde adquirí una vieja ametralladora antiaérea, un pequeño cañón y seis fusiles de asalto «AR-15». Ya podía empezar la guerra por mi cuenta.

No intentamos mantener el secreto. Más bien al contrario. Esa misma noche, Panang y yo volvimos a los locales que ya se me habían hecho habituales, corriendo la voz de que necesitábamos media docena de hombres dispuestos a todo para formar tripulación y hacernos a la mar.

Cuando los candidatos nos preguntaban de qué clase de viaje se trataba contestábamos que: «Uno muy productivo». Cuando se interesaban por la paga, respondíamos: «La mitad del botín». Cuando insistían en saber la clase de botín, susurrábamos: «Fácil de obtener». Había estado proclamando mis intenciones a diestro y siniestro, sin que nadie me hiciera el menor caso. ¡Que sufrieran un poco, como había sufrido yo!

—Pero ¿de qué se trata *exactamente*? —terminó explotando un malayo enorme, feo como el culo de un mono, con manos como palas y ojos inyectados en sangre. Debía tener unos cuarenta años.

—De ganar dinero —dije yo, sonriendo sibilinamente.

Como esperaba, no quedó nada convencido.

—Mucho dinero —insistí—. Y podrás conocer chicas… interesantes —guiñé el ojo y aquella bestia parda sonrió extasiada. Seguía sin comprender nada, pero se olía algo interesante—. Buen asunto, de verdad. ¿Te interesa?

—Dinero…, mujer… —repitió, intentando hacer funcionar las neuronas que se había olvidado de que tenía—. ¡Botes! ¡Viets! —gritó, antes de ponerse confidencial—: Tú, mujeres viet, botín viet… ¿quizá prosti… prosti… burdel mujeres viet?

Sonreí embarazado. Incluso intenté enrojecer, como aquel que se ve descubierto.

—Interesante mucho —soltó aquel ogro semisalvaje—. Mañana aquí noche… Yo respuesta, yo hombres…, buenos hombres, quizá… mañana…

Ya teníamos unos cuantos tipejos apalabrados, pero aquello prometía. Y mucho.

Me froté las manos.

A la mañana siguiente, volví al mercado negro, hice las últimas compras: un par de bombas de humo, que guardé en los bolsillos de mi chaleco de cremallera, y una pistola «Ingram M. 10»,
9 mm.
Parabellum, con punto de mira semi-ortóptico.

Más tarde, me agencié un viejo «Oldsmobile» del 64 por la módica cantidad de 2000 dólares.

Cuando hice recuento, apenas si me quedaban mil doscientos dólares de los
30 000
que me entiesaron las feministas.

Bueno, a lo hecho, pecho.

Me dediqué durante el día al relajo más total y absoluto. Y, por la noche, con mi flamantemente viejo «Oldsmobile», conducido por Panang, fui en busca del prometedor malayo al tugurio donde lo había conocido: Los Tiburones del Mar. O, dicho de otra forma, la versión oriental de La Ley del Talión.

Aparcamos en la parte trasera del local.

—Espérame con el motor en marcha —indique—. No creo que tarde.

Debían ser las once y el local bullía de gente. Si es que, a aquellas cosas, podía llamárseles gente. Pintas sospechosas, rostros patibularios, cuerpos brutales, expresiones deformes… Un ambiente, perfecto.

Los ventiladores anémicos que colgaban del techo, no hacían más que distribuir equitativamente por todo el local, la espesa nube de humo que no permitía ver las paredes.

Cuando entré, nadie me hizo el más mínimo caso. Mi amigo, el malayo infecto, se encontraba en una mesa y alzó la mano para saludarme, antes de señalar la silla junio a él.

—¿Qué? ¿Te lo has pensado? —pregunté.

—Sí, señor James. Lo he pensado.

—¿Y qué has decidido? —Se me escapó, antes de darme cuenta que su acento había cambiado. Aquel sujeto repugnante, aquel desecho humano, aquel engendro zarraspastroso, hablaba como el más aplicado alumno de Oxford.

—He decidido que ya somos bastantes a repartir. Debió haberse quedado en el Caribe, señor James.

Y se puso en pie.

Y todos, absolutamente todos los clientes del establecimiento, le imitaron.

Cesaron las conversaciones, terminaron las partidas, se olvidaron los vasos repletos y se apagaron los cigarros.

Se había hecho el silencio.

Un silencio que se rompió con el silbido de cuchillos y machetes al ser desenvainados, y los chasquidos de las pistolas al ser amartilladas.

—Adiós, señor James. Ha sido un placer —exclamó aquel malayo, hijo de puta.

Y me volví…

… justo a tiempo para ver a sesenta asesinos profesionales lanzándose sobre mí como un enjambre de abejas dispuesto a devorar el socorrido panal de rica miel.

CAPÍTULO IV

Lo había calculado todo.

Todo, menos esto.

Había pensado que los piratas se sentirían amenazados, al descubrir que se estaba fraguando una competencia y que, tarde o temprano, se delatarían. Quizá, incluso, intentasen atacarme. Por eso llevaba la «Ingram» y las bombas de humo.

Pero, desde luego, no había previsto una emboscada de aquel tipo. No podía suponer que aquel subnormal malayo lanzase a toda su nación contra mí.

Convencido de que acababa de sumar un punto más en mi carrerón hacia el Premio Nobel de la Inseguridad, apenas tuve tiempo de sacar la pistola y apretar el gatillo.

La «Ingram M 10», créanlo o no, puede disparar ráfagas de hasta 1000 balas por minuto. Eso les dará una idea de lo que duraron las treinta que tenía en el cargador. Ni siquiera tuve tiempo de enderezar el culatín plegable, ni mucho menos apoyármelo en el bíceps como mandan los cánones y el folleto de instrucciones. En consecuencia, el arma se me encabritó en las manos y el retroceso me mandó de culo al suelo.

Me incorporé de un salto, sin tiempo de meter un nuevo cargador, pues ya tenía una docena de alegres matarifes sobre mí. Afortunadamente, otros tantos habían quedado alfombrando el suelo. La mayoría, muertos. Algunos, solamente helados.

Tenía que improvisar, así que, sujeté fuertemente la pistola y me dediqué a fracturar mandiladas a cañón limpio. Salté, esquivé, giré, me *revolví*, y proyecté una y otra vez mi brazo derecho con el ritmo de un martillo neumático a pleno gas… El izquierdo lo tenía ocupado, en el bolsillo, intentando quitar los seguros de las dos

granadas de humo.

—¡Apartaos de él! ¡Maldita sea, apartaos! Aullaba el jefe malayo desde la retaguardia. Quería dispararme, seguro, y la muralla humana que me rodeaba, se lo impedía.

Hubo un instante de indecisión entre los piratas a causa de los gritos de su jefe y lo aproveché para sacar las dos bombas y lanzarlas a ciegas. Cayeran donde cayesen, iba bien.

Una, rebotó en el techo y estalló, abriendo un boquete en la madera; la otra, rodó por el suelo e hizo lo propio al chocar con el cráneo de uno de los caídos. Desparramó sesos por todo el local.

En breves segundos, el humo se espesó considerablemente. El de las bombas, negro, se unió al va existente, haciendo la atmósfera casi intolerable. Entre gritos, sollozos, ahogos, toses, insultos, maldiciones e imprecaciones contra toda mi familia, pasada, presente y futura, los malayos me buscaban a tientas y se acuchillaban unos a otros, creyendo haberme encontrado.

No estaba mal, pero era un método demasiado lento para la cantidad de enemigos que tenía delante. Coloqué otro cargador en la «Ingram» y, medio minuto después, había acabado las balas y limpiado el camino hacia la puerta.

Avancé a tientas, intentando sortear los cuerpos amontonados en el suelo y que lanzaban gemidos agónicos. Pero no había contado con el mobiliario y tropecé con una mesa. Se me cavó la pistola de las manos y, cuando me agaché para recogerla, el rostro de un malayo emergió de entre el humo, con los ojos casi saltándole de las órbitas por la emoción.

Medio segundo después, aparecía su mano. Y portaba una daga. Y la dirigía contra mi pecho.

Agarré la muñeca como pude y le rompí el brazo, girando sobre mí mismo. Tiré de él, al tiempo que levantaba la rodilla. Su cara se hizo puré contra mi rótula.

Cayó como un fardo, mientras yo, cojeando, subí de un salto a la mesa. Quizá desde las alturas consiguiera vislumbrar dónde estaba la maldita salida de aquel matadero.

No la vi, pero divisé, sobre mí, el agujero que la bomba había hecho en el cielo raso. Salté hacia arriba y me agarré a los bordes de las destrozadas tablas.

Un poco de pulso, una flexión, un golpe de riñones, y me

encontré en el piso superior. Debía de tratarse de un almacén, pero entre el humo y las prisas, tampoco me fijé demasiado. Abajo, se oían gritos y órdenes en todos los dialectos de la Federación Malaya.

Pensé que subirían por la escalera interior —debía haber alguna —, pero tendría tiempo de llegar a una ventana situada al fondo del almacén. Casi canté victoria. Eché a correr hacia la ventana salvadora, convencido de que Indiana James iba a salir, otra vez, indemne de un apuro.

Entonces, el suelo empezó a escupir balas.

Tardé el tiempo de un parpadeo en comprender que, en lugar de perder tiempo subiendo escaleras, habían optado por masacrarme a tiros desde abajo, orientándose por el sonido de mis pisadas.

Una bala silbó frente a mí, otra por detrás, un par a la derecha y toda una ráfaga a la izquierda. Los proyectiles atravesaban la madera y el encañizado sin perder un ápice de su fuerza. San Pedro no iba a ponerse muy contento cuando le agujereasen el culo.

Se produjo un silencio.

Yo me había quedado helado. Ellos, expectantes.

En cuanto diera un paso, el altillo se convertiría en un infierno. Pero, tampoco podía quedarme allí, quieto, esperando que tuvieran la feliz idea de subir por las escaleras.

El rumor de pasos ascendiendo, llegó hasta mí.

Tenía que jugarme el todo por el todo.

Cogí impulso y empecé a correr, procurando dar la mayor amplitud posible a mis zancadas.

El suelo pareció estallar y creo que debo agradecerle a la suerte el hecho de que ninguna de las balas me entrara por la planta de un pie y me saliera por la coronilla. En los tres segundos que tardé en alcanzar la ventana, el almacén quedó convertido en un colador, como hecho ex profeso para que aquellos energúmenos se duchasen con mi sangre.

No podía entretenerme en menudencias tales como abrir la ventana. Me lancé en *prongeon* contra ella, protegiéndome el rostro con los antebrazos y la hice añicos. Llovieron cristales pulverizados al exterior y llobví yo en la copa de un árbol.

El árbol se enfadó y me abofeteó todos los huesos con sus ramas, en justa venganza. Algo atenuada la velocidad de mi caída, seguí

viaje hasta el suelo.

Con una perfecta sincronización, como si fuera un *ballet* letal largamente ensayado, la puerta trasera de Los Tiburones del Delta empezó a escupir malayos sedientos de sangre…

… y me había quedado sin pistola.

Pero, no sin medio de transporte. Con un chirrido de frenos alucinante, Panang detuvo el «Oldsmobile» a mi lado.

Subí de un salto, empujándole hacia el otro asiento y me hice cargo del volante.

El pobre Panang había cambiado de raza. Ya no era amarillo, sino blanco como una sábana lavada con el mejor detergente de los cinco continentes y los siete mares. Balbuceaba preguntas nerviosas, olvidándose de los «honorables señor» y los «humilde servidor». Eso de convertirse en asesino sin escrúpulos, había empezado a parecerle muy poco rentable.

Sonaron disparos y el cristal trasero saltó por los aires, completamente pulverizado. Metí la primera y uno de los neumáticos estalló, como el sordo eco de un tiro. Pasé a segunda, a tercera, y cuando llegué a la cuarta, toda la carrocería vibraba de espanto, mientras el motor gemía, suplicando piedad en su lenguaje mecánico. La llanta chisporroteaba alegremente sobre el empedrado.

—¿Nos siguen, Panang? —pregunté.

—Sí, honorable servidor… esto, miserable señor…, no, quiero decir…

—¿Cuántos?

—Tres coches, humilde señor…, no, no… Honorable…

—Está bien. Déjalo de una vez.

Circulábamos por un ancho paseo, sorteando cuches y saltándonos semáforos. O sea, nada del otro mundo. Chirridos de frenos, pitidos de urbanos y bocinazos indignados, celebraban entusiastas nuestra exhibición, rematándola con un alud de insultos especialmente vejatorios.

Doscientos metros más adelante, a la derecha, entreví una bocacalle.

—Voy a dejar que se acerquen un poco, pero no te asustes —advertí al fantasma de pelo erizado que llevaba al lado. Y quité el pie del acelerador, miré el retrovisor, controlé la marcha de los

vehículos perseguidores y medí las distancias. Cada cosa con un ojo. ¿Imposible? Ya lo veríamos, si estuvieran en mi situación.

Seguí en línea recta, desacelerando, hasta casi sobrepasar la altura de la calle lateral.

—¡Sujétate! —grité, mientras pisaba a fondo y giraba, casi en ángulo recto, por sorpresa.

El «Oldsmobile» se ladeó como la moto de Freddie Spencer al tomar un viraje en Mallory Park. Por un momento, creí que volcaríamos y desplacé mi peso hacia la izquierda del vehículo para evitarlo.

No volcamos. Sólo nos estrellamos de costado contra un coche aparcado a la izquierda, rebotamos en otro aparcado a la derecha y enfilamos la calle.

Los tarugos que nos perseguían intentaron hacer lo mismo, con el pequeño inconveniente de que su velocidad superaba a la nuestra. Pero lo consiguieron. Bueno, al menos consiguieron chocar con los coches aparcados, como nosotros, pero no rebotaron. Uno, se empotró decididamente, como si el otro vehículo fuese hembra. Y, el segundo, volcó, rebotando una y otra vez, hasta que se oyó una explosión y vi el reflejo rojizo de las llamas por el retrovisor.

Sólo quedaba uno.

—Tranquilo, Panang —anuncié—, también lo despistaremos. Una vez participé en Indianápolis. De ahí viene mi apodo.

Panang no dijo nada. Estaba atónito, desencajado, casi cataléptico, mirando hacia delante. Sólo una mano, como si fuera un espectro, señalando lo que nos esperaba.

La calle terminaba bruscamente unos metros más allá. Sólo pude ver una valla de madera y el principio de una escalinata para peatones que descendía hacia el mar.

Íbamos a unas 100 millas por hora, esquivando obstáculos y rozando las carrocerías de los coches aparcados. ¡Mierda, no había tiempo para frenar!

Y no frené.

Atravesamos la valla como si fuera simple decorado de cartón piedra y…

… y *volamos.*

La escalera era larguísima, una de ésas que, cuando la has de subir, te hacen sentir como *sir* Edmund Hillary disponiéndose a

atacar el Everest.

Fuimos a caer hacia la mitad.

El guardabarros delantero se estrelló contra un escalón, el «Oldsmobile» giró sobre sí mismo, se abolló la berlina y, antes de que pudiésemos darnos cuenta, seguíamos deslizándonos hacia abajo.

Sobre el techo.

La trayectoria era ligeramente diagonal. Así que, al llegar a la base, chocamos contra una de las barandillas laterales, el coche rebotó, Panang se sentó de un salto sobre mis rodillas, empezamos a girar sobre nosotros mismos, y yo pensé que ya era demasiado, que habíamos tenido suerte, mucha suerte, que se nos había terminado, y que aquello era el final.

Cerré los ojos, como el condenado a muerte que solicita una venda para no ver venir la bala.

Chirridos, crujidos, chasquidos, un último estremecimiento…

… y *se acabó.*

Adiós, mundo cruel. Hola, dulce cielo.

Abrí los ojos para ver qué tal era el publicitado más allá y no vi ningún angelito de plumosas alas, sentado en una nube algodonosa. Sólo vi un par de bañistas nocturnos, completamente alucinados, mirándonos como quien mira un monstruo del Averno, surgido repentinamente.

Tardé unos segundos en comprender que el «Oldsmobile» había quedado *de pie* sobre la arena. Habíamos perdido la capota y una puerta, las abolladuras parecían haber convertido nuestro vehículo en la obra de un artista conceptual, pero estábamos indemnes.

Aspiré profundamente la fresca brisa marina, intentando calmar mis nervios. Cuando exhalé, el aire estaba mezclado con una ración de balas.

O eso creí, al verlas impactar delante nuestro.

Volví la vista hacia las escaleras. Los malayos habían preferido no imitarnos y, ahora, bajaban dando saltos y disparando al mismo tiempo.

Conecté el motor de arranque y, entre toses y estertores, se puso en marcha. Probé la primera. Los tres neumáticos y la llanta levantaron un *simún* de arena, y salimos catapultados hacia delante, haciendo eses por la playa.

—¿Están los muchachos preparados? —pregunté a Panang.

Quiso responder, pero, al tercer gemido, dejó de intentarlo. Se limitó a afirmar con la cabeza.

Dejamos el esqueleto del «Oldsmobile» al llegar al puerto y corrimos a nuestro junco. Excepto el centinela, los demás estaban durmiendo. Tuve que despertarlos casi a bofetadas.

—¡Vamos, rápido! ¡Tenemos que zarpar, tenemos que zarpar…! ¡Moveos, gandules! —reconozco que estaba un poco histérico. Pero, los alegres chicos de Los Tiburones del Delta, podían aparecer en cualquier momento para rematar la faena.

No la remataron.

Es más, ni siquiera asomaron el hocico.

Salimos del puerto sin ningún contratiempo y bordeamos la punta sur de la península malaya para enfilar el Mar de la China meridional. Yo estaba tan agotado, que me desplomé en una litera y me dormí, sin ánimos para pensar cuál iba a ser mi próximo movimiento.

Me pareció que aún no había terminado de cerrar los ojos, cuando los malayos de la tripulación me devolvieron la pelota, despertándome entre gritos y zarándelos.

—¿Qué…, qué diablos ocurre ahora? —pregunté, parpadeando sorprendido, al ver que la luz del sol se colaba por el ojo de buey del camarote.

—¡Atacar…! ¡Piratas y atacar! —contestaron en un inglés macarrónico.

—¿Qué atacamos…? ¿Cómo? ¿A quién atacamos?

—No, no atacamos… Piratas atacan… ¡ellos!

Salté de la litera y salí corriendo a cubierta.

Estábamos en mar abierto, en un precioso y azulado mar abierto, cuya hermosa visión quedaba empañada por un par de manchas marrones, dos sampanes, rematados por la típica bandera negra con las tibias cruzadas bajo una calavera.

Eran los piratas. Y se acercaban a toda velocidad… con las velas arriadas.

No teníamos ninguna posibilidad de escapar. Aquello parecían dos simples y destartalados sampanes, pero contaban con potentísimos motores que los convertían en inflexibles perros de presa, avanzando casi a la velocidad de lanchas ligeras.

De acuerdo. Si teníamos que morir, moriríamos matando.

—¡Todos a sus puestos! —grité como un verdadero corsario del siglo XVII—. ¡Y fuego a discreción!

Dos de mis hombres corrieron hacia el canon que habíamos situado a babor y empezaron a ponerlo en posición. No lo hacían nada mal: rápidos, seguros, eficientes, experimentados.

¡Quizá todavía tuviésemos alguna posibilidad!

Dos segundos después, esa posibilidad se esfumó.

Junto con el cañón. Y los dos hombres. Y un pedazo de cubierta. Y media vela.

El sampán de estribor se nos había adelantado y disparado primero.

Nuestro junco escoró, mi tripulación superviviente aulló de terror y yo salté hacia la ametralladora antiaérea.

Los tiburones empezaron a acudir al reclamo del festín que, entre todos, estábamos preparándoles. Uno de los dos hombres que habían intentado disparar el cañón, consiguió izarse de nuevo a bordo, pero, del otro, sólo oí un grito histérico mientras era arrastrado a las profundidades.

El junco empezaba a hundirse lentamente y la artillería del enemigo era diez veces más potente que la nuestra. No podía decirse que la lucha estuviera igualada. Y ellos lo sabían.

Aullando de placer, fueron acercándose a nosotros, dispuestos a destriparnos con sus machetes. No es que fueran deportivos y con *fair play*. Sencillamente, eran sádicos. Con cincuenta a seis, no existía ninguna incertidumbre sobre el resultado.

Aguardé. Nervioso, con todo el cuerpo hormigueante y tenso, pero aguardé. Me escondí la baza de la ametralladora, hasta que el sampán más cercano estuvo a unos diez metros.

Entonces, apreté el gatillo con rabia. Los más impacientes, los que estaban asomados a la borda, burlándose de nosotros y haciendo gestos obscenos, saltaron por los aires primero. Me concentré en todas las rutas de escape hacia la sentina y procuré que, ni uno solo, pudiera refugiarse en las entrañas del barco. Los piratas, histéricos, no sabían cómo protegerse de la lluvia de balas que les caía encima.

Algunos, incluso saltaron por la borda. Turno de los tiburones.

El otro sampán había aprendido la lección y empezó a alejarse.

Rabioso, ayudado por Panang, seguí disparando y disparando, destrozando el timón, astillando el casco, perforando las planchas de madera, hasta que la nave empezó a hundirse.

Efímera victoria, pues empezaron a bombardearnos.

Parte de la popa saltó por los aires con varios de mis hombres, la quilla recibió otro impacto y empezó a dejar paso a una riada marina, la antiaérea salió despedida literalmente de mis manos, dejándome como recuero un par de asas al rojo vivo. El diluvio de metralla duró un minuto más y cesó.

Para entonces, el agua ya me llegaba a los tobillos. Además de mí, sólo Panang y un tripulante seguíamos vivos. Por cubierta podían verse brazos y piernas, desparramados aquí y allá, en medio de charcos de sangre coagulada.

Pasaron unos segundos que se convirtieron en minutos. El agua nos llegaba a las rodillas y los del sampán no disparaban, como si prefirieran prolongar nuestra agonía.

—¡Bandera blanca, bandera blanca! —gritaba Panang, agitando su camisa en el aire—. ¡Nos rendimos!

—Si nos cogen vivos, será peor —dije yo.

Pero, sorprendentemente, una bandera blanca se izó en el sampán.

No me fiaba.

Lo último que se le puede pedir a un pirata, es que respete las reglas. Hasta sería sorprendente que no las rompiera. Pero las aletas negras que surcaban las aguas, eran mucho más escalofriantes. Tras pelar los esqueletos de los malayos caídos al mar, los tiburones asomaban el hocico como pidiendo otra ración de aquel delicioso manjar que era la carne humana.

Tiramos nuestras ametralladoras ligeras al agua y los del sampán comprendieron el mensaje. Partió un bote a recogernos y, rodeados de piratas, machetes y pistolas nos encaminamos a la nave.

En cubierta, nos esperaba una recepción presidida por mi malayo lingüista. Tenía ojeras, parecía cansado y traslucía un humor de perros.

Panang y mi marinero superviviente no tardaron una décima de segundo en arrodillarse frente a él, recitando una letanía de disculpas, súplicas, alabanzas, maravillas y promesas de fidelidad eterna.

—Está bien, está bien… —dijo en inglés, para que yo pudiera ser testigo de su maravillosa magnanimidad.

Ambos levantaron la cabeza, esperanzados.

El jefe pirata, sin perder la sonrisa, desenfundó un revólver, alargó el brazo, apuntó…

… *y les voló la tapa de los sesos.*

Después, volviéndose hacia mí, con el cañón de su arma todavía humeante, añadió:

—Me ha causado muchos problemas, señor James. Prepárese a pasar a mejor vida.

CAPÍTULO V

Los segundos transcurrieron agónicamente.

Quise evitarlo, pero no pude dejar de mirar, alternativamente, la boca del cañón y el dedo del malayo.

De repente, sonrió y bajó el arma.

—¿Y qué mejor vida que la de los piratas? —exclamó como si hubiera tenido un pensamiento profundo, capaz de revolucionar la concepción del mundo moderno—. ¿No está de acuerdo, señor James? Por cierto, me llamo Zhong.

Le miré a los ojos, sin decir palabra.

Quizá estaba jugando conmigo, quizá esperaba que sonriera y me lanzara a sus brazos, quizá podía encontrarme con un machete en pleno estómago, hurgándome la columna vertebral, quizá… o quizá no.

—¿Sabe cuántos hombres tenía en mi organización, antes que usted se metiera donde nadie le había llamado? —Era una pregunta retórica, así que dejé que la contestase él mismo—. Noventa, señor James, noventa. Y, ¿sabe cuántos me quedan ahora…? —volvió a contestarse solo—. Entre heridos y muertos, las bajas suman cuarenta y dos. Haga usted mismo la resta.

La hice. Y disfruté con cada número.

—Eso es malo, señor James, muy malo. Pero no es lo peor… —Crucé los dedos mentalmente. Desde el principio, sabía que se guardaba algo en la manga—. Lo peor es que ha matado a Xiang… ¡A Xiang, señor James!

Pues mucho gusto, pensé. Y a Lee, y a Phong, y a Kai, y al mismísimo Mao si hubiera estado con ellos. ¿Qué esperaba? ¿Que fuera preguntando los nombres a todos los fulanos?

—Es relativamente fácil encontrar hombres dispuestos a matar y

jugarse el pellejo por casi nada —siguió Zhong—. Entro en un bar del puerto, silbo y acuden a mí, como moscas a la mierda…

Desde luego, era un símil apropiado. Y estuve a punto de escapárseme.

—Pero entrenarlos es más costoso, señor James, es algo largo, difícil y complicado. Y, encontrar hombres capacitados para ese trabajo y el de dirigirlos, lo es mucho más.

Me estaba dando una lección de «Cómo ser buen pirata en diez días». Por lo menos, esperaba que no pretendiera cobrarme después.

—Xiang era uno de mis lugartenientes. Un tipo astuto, inteligente y valiente. Casi tanto como usted, señor James.

—¿Me está ofreciendo ocupar su lugar? —pregunté, esperanzado, viendo un atisbo de luz al final del túnel.

Zhong enfundó su revólver.

—Todavía no. Le estoy ofreciendo un período de prueba, nada más. Francamente, no me creí todo lo que oía y leía sobre usted, hasta que le he visto en acción. Parece tener aptitudes, falta ver si tiene la suficiente lealtad. Aquí, en Oriente, la traición se paga muy cara. Espero que lo comprenda…

—Puede confiar en mí, Zhong —mentí, convincente y fervorosamente. Después de todo, me estaba jugando la cabeza.

El pirata señaló los cuerpos de Panang y mi marinero.

—Hay muchas maneras de morir, señor James, y ellos han tenido la más compasiva. Recuérdelo. —Dio media vuelta y me hizo una seña—. Ahora, sígame.

Llegamos a un camarote, el único con que contaba el sampán y que, por fuerza, hacía las veces de cuarto de derrota y de transmisiones, de armería y santabárbara.

Los ojos se me fueron hacia el aparato de radio, como si éste fuera un poderoso imán. Con un poco de suerte, con un poco *más* de suerte, me serviría para transmitir a las DWARF.

Con la desidia y el hastío de quien comenta una película aburridísima, Zhong me hizo un cuadro muy general de la situación. Y yo, claro, tampoco le pedí detalles. Disponía de 18 embarcaciones equipadas con radio y radar. Por lo visto, los asquerosos viets se dejaban matar con relativa facilidad, pero no tenían la gentileza de informar, cuándo, cómo y por dónde se hacían a la mar. Poco considerados con los pobres piratas asesinos

que necesitaban mantener una costosa red de vigilancia.

Las chicas jóvenes capturadas eran llevadas a la isla y, la base del negocio, consistía en ofrecer lo que los burdeles normales no se atrevían a proporcionar. Tenían clientes adinerados de Thailandia, Insulindia,
Hong-Kong,
e, incluso, de Australia.

De pasada, como un detalle técnico sin importancia, comentó que cada semana tenían que enterrar a tres o cuatro chicas.

Mis tripas se revolvieron. Demasiado.

Hasta Zhong las oyó.

—¿Hambre? —preguntó.

«No, asco», pensé.

—Un poco… —respondí. Y tuve que aguantarme las ganas de vomitarle en la cara.

De momento, y mientras no demostrase ser total y absolutamente fiable, me quedaría en la isla, al mando del retén de vigilancia. Unos veinte hombres. No haría falta que me mantuviesen vigilado las veinticuatro horas del día. ¿Quién puede escaparse de una isla?

Durante la travesía, intenté olvidarme de la radio. Con tanta gente apiñada en la pequeña embarcación, no era prudente, ni inteligente, intentar nada. Muchos dirán que yo no soy ni lo uno ni lo otro, pero todo tiene un límite.

Llegamos a la Isla del Placer cuando despuntaba el sol.

He estado repitiendo «isla», pero debí haber dicho «islote». En conjunto, no debía sobrepasar las tres millas cuadradas de superficie. Roca, acantilados, más roca, pocas playas y una enorme rada, donde atracamos entre juncos y sampanes. El par de yates de lujo no debían ser suyos, sino de algún cliente.

Zhong convocó a sus hombres en el embarcadero y me presentó como su nuevo lugarteniente, narrando mis hazañas y deteniéndose, especialmente, en cualquier detalle que pudiera resultar sádico, brutal y sanguinario. Después, añadió algunas palabras en jerigonza malaya que provocaron sonrisas entre los presentes. Yo debía ser bueno, bonito y barato, pero si todos mantenían un ojo en mi dirección, mucho mejor.

Durante el interminable discurso, abrí mucho los ojos, tomando

nota mental de todo: en los acantilados, levemente disimuladas en unos arbustos, descubrí unas cuantas piezas de artillería. En los puntos más altos, vigías provistos de potentes prismáticos, escudriñaban constantemente el mar.

Terminada la ceremonia, el propio Zhong se ofreció a enseñarme las instalaciones. Un camino con gravilla llevaba, a través de árboles y vegetación tropical, hasta el centro. Allí se encontraban varias construcciones, dispuestas en forma de «U». A la izquierda, una nave cuartelaria y destartalada donde se alojaban los piratas; en el centro, un edificio a base de placas de cemento, de unos treinta metros de lado y dos pisos de altura, y, a la derecha, perdiéndose entre el follaje hasta donde alcanzaba la vista, una serie de pequeños *bungalows*, entre los que se hallaba una piscina.

—Son los… reservados de nuestros clientes —aclaró innecesariamente el pirata—. También tenemos helipuerto, pero ya lo verá después. Ahora, algo que le interesará.

Fuimos hasta el edificio central. La planta baja era una inmensa sala de fiestas, ahora vacía, en la que se hallaban dos chicas fregando. Una, era bastante gorda. La otra, tenía la cara acribillada de cicatrices que parecían haber sido hechas por una cuchilla de afeitar.

—Cuando ya no nos sirven, pero se han portado bien… las reservo para mis hombres —puntualizó Zhong.

—¿Y eso? —dije, señalando un poste, plantado en medio del escenario. En la parte superior tenía una gran argolla fija.

—¡Oh, sólo es parte del espectáculo! Cuando alguna de las chicas protesta, o se queja, es azotada en público. Algunos llegan a pagar tal cantidad de dinero por el privilegio de empuñar el látigo, que, cuando no tenemos candidatas, hemos de sortear una…

Imaginé el espectáculo de una pobre muchacha, aullando de dolor, entre una masa de borrachos y degenerados que aplaudían enfervorizados. Con feministas o sin ellas, borraría aquella hedionda isla del mapa.

Subimos al primer piso. La escalera desembocaba en una gran nave, flanqueada, a derecha e izquierda, por jaulas.

Sí, *jaulas.*

Ni siquiera se trataba de celdas. Eran simples y puras jaulas, como las de los zoológicos.

Y dentro de cada una de ellas, había una chica.

Algunas, desnudas; la mayoría, con prendas supuestamente provocativas. Algunas, tiradas sobre las maderas del suelo, con aire de abandono; la mayoría, precipitándose contra los barrotes y estirando los brazos a través de ellos para llamar mi atención.

—¡Señor, señor! ¡Yo! ¡Yo! ¡A mí! —gritaban con una mezcla de ansiedad y temor.

Eran chicas jóvenes, adolescentes casi, mendigando con sus palmas abiertas que me lijase en ellas, sollozando abiertamente cuando pasaba de largo, desencajadas al vislumbrar la posibilidad de no ser elegidas, gesticulando patéticamente con lo que creían ademanes provocativos y obscenos.

—No crea que se han enamorado perdidamente de usted, señor James —dijo Zhong, dejando escapar una carcajada—. Las que no consiguen atraer la atención de un determinado número de clientes por mes, son castigadas… ¡severamente!

De acuerdo, lo había conseguido. A partir de ese momento, Zhong era cosa mía. Me encargaría de él, personalmente.

No me dio tiempo a deleitarme con mis planes. Exclamó:

—Ahora, elija una.

No dijo: «puede elegir…», o, «si le apetece…», ni siquiera, «para celebrar nuestra asociación…». No, nada de eso. Lo había ordenado. Y muy serio. Comprendí que me estaba probando. Y supe que debía obedecerle.

—Ésta me gusta —contesté, señalando una chica que ni parecía atontada, ni mendigaba mi atención. Se mantenía con los brazos cruzados y el gesto entre hosco y asustado. Un cartelito colocado ante los barrotes— como los de los zoológicos —anunciaba su nombre: Li.

Zhong abrió la jaula.

—Ésta era un poco rebelde, pero ya se está curando —y, al empujarla, vi que su espalda estaba llena de marcas de latigazos. Zhong me guiñó un ojo—. Como ve, puede necesitar un látigo, vaya a buscarlo. Puede utilizar cualquier *bungalow*, excepto los números 3 y 16. Están ocupados.

Me dejó con la chica frente al edificio principal y volvió al embarcadero, lanzando un «¡Que se divierta!» como despedida.

Li y yo nos dirigimos hacia el almacén-depósito de armas. Era un

barracón situado tras la nave-cuartel y guardado por un tipo —malayo, claro— de dos metros de altura. Pensé que era un bromista y llevaba una máscara de orangután, pero, al acercarme comprobé que no, que era su cara. Se cuadró marcialmente al verme, clavando la culata de su «Kalashnikov» varios centímetros en el suelo.

—Vigila a la chica, mientras busco un látigo —anuncié, intentando colarme en el barracón. Su cuerpo y la fetidez repulsiva de su aliento, me lo impidieron.

—No permitido. Yo entro.

Puse cara de cabreo, me erguí de puntillas y preparé mis cuerdas vocales:

—¡Muy bien, muy bien! ¡Entra y abandona tu puesto de vigilancia! ¿Qué clase de soldado eres tú? ¡A Zhong le encantará saber que no quieres cumplir sus órdenes! ¿No estás de guardia? ¿No tienes que vigilar? ¡Pues vigila!

No sé lo que entendió de toda mi reprimenda, pero se quedó compungido y balbuceó no sé qué confusamente. Le eché la chica en brazos y entré en el almacén.

¡Dios, allí dentro había armas para hacer frente a un ejército! Lamentablemente, no podía llevarme todo lo que me hubiera gustado, pero me apropié de varios cartuchos de dinamita que desaparecieron en los bolsillos de mi chaleco de cremalleras. Corté varios metros de mecha y me los enrollé en la cintura, tapándolos con los pantalones. No debí tardar más de un minuto y medio.

Por si acaso, salí al exterior con dos látigos en la mano. Uno, normal y otro de varias colas, rematado de bolitas llenas de púas. Se los enseñé al orangután poniendo cara de duda.

—No sé, no sé… Parece muy poca cosa para éste, ¿tú qué opinas?

Le echó una mirada apreciativa a Li y, con todo el dolor de su corazón, señaló el de varias colas, negando con la cabeza. Me mostré de acuerdo con él y reconocí que las esclavas ya no son lo que eran, una lástima, qué le vamos a hacer, y, sacaré lo que pueda de ese montón de huesos.

Nos alejamos hasta el último de los *bungalows*. Constaba de una salita con barra de bar y nevera, un dormitorio y un baño. El dormitorio tenía dos armarios. Uno para colgar la ropa y otro, lleno con los más horribles y repugnantes instrumentos de tortura que la

mente humana pueda concebir.

Li se sentó en la cama, aterrorizada. No podía apartar los ojos del látigo, ni reprimir su temblor.

—Tranquila, no pienso hacerte nada —le dije, tirando el látigo a un lado—. ¿Comprendes mi idioma?

No, no lo comprendía, pero captó el tono. Abrió los ojos, incrédula, sorprendida. Mierda, no debía tener más de quince años.

Rebusqué en la nevera y le di un cuenco lleno de ensalada de pollo y una botella de champaña. No había otra clase de bebida más suave.

Cerré la puerta del dormitorio y me dediqué a empalmar tramos de mecha en los cartuchos de dinamita, atándolos de dos en dos. Después, intenté dibujar de memoria un plano de la isla y sus instalaciones, marcando con una «x» los puntos clave: el polvorín, las baterías de los acantilados, el barracón-cuartel, el helipuerto y el embarcadero.

Aún faltaban muchas horas para que llegase la noche, el momento indicado para entrar en acción, así que me bañé y volví al dormitorio. Li había terminado de comer y se había dormido hecha un ovillo. Como rato de descanso no me iría mal, me tendí a su lado.

Debí dormir seis o siete horas.

Me despertó el roce del cuerpo de Li, inclinándose sobre mí. Fuera, oscurecía y desde el edificio central, llegaban acordes musicales.

El rostro aniñado de la vietnamita se acercó hasta el mío. Me besó. La aparté todo lo suavemente que pude.

—Señor —susurró, muy suavemente—, señor, *vous plait. Voiis êtes bon*

s'il

. —Y recordé que los franceses habían estado muchos años en Indochina.

Me besó de nuevo y de nuevo la aparté. Se quedó mirándome con aire de desolación y desamparo. Me acarició la frente y sus ojos se empañaron. Buscó desesperadamente las palabras:

—Señor, *je*

t'aime.

Y yo me lo creí. Era el primer hombre, en mucho tiempo, que no

la había tratado a patadas, que no la había violado, que no le había marcado la espalda con el látigo… ¡Dios!, ¿cómo no creer, que yo era algo a lo que deseaba aferrarse desesperadamente?

Me senté en la cama.

—Yo también te quiero, Li —dije en francés—, pero ahora tengo que salir. Quédate aquí y no te muevas, no salgas del *bungalow* para nada. ¿De acuerdo?

Asintió sonriente, contenta de que confiase en ella.

Recogí todo lo que había preparado y salí al exterior.

Había empezado la fiesta interminable. Algunos *bungalows* tenían las luces encendidas y del interior surgían gemidos apagados, o gritos de terror. Un tipo gordo, enorme, pasó junto a mí, llevando a rastras a dos chicas encadenadas por el cuello. Del edificio central se elevaba un clamor de juego, risa y diversión. No quise ni imaginarme la clase de espectáculo del que estarían «disfrutando».

Contuve mis casi irrefrenables deseos de arrasar todo aquel antro de perversión y me dirigí al polvorín. Dos cartuchos en la parte trasera. El helipuerto. Varios paquetes escondidos tras unas matas, fuera del campo de visión de los guardias. Las rondas que custodiaban los cañones, me impidieron acercarme a ellos. Lo dejaría para después.

Bajé al embarcadero y me dirigí, resueltamente, hacia el sampán en que habíamos arribado. Había un centinela.

—Oye, ¿has visto mis gafas de sol? —pregunté con desparpajo, haciendo señas por si no me entendía—. Las he debido dejar por aquí.

—¿Gafas sol? —repitió lentamente—. No visto, no…

Me hubiera extrañado que dijera lo contrario, porque yo no usaba.

—Sí, hombre. Deben estar en el camarote. Ven, échame una mano.

Estaba tan ansioso de quedar bien con el nuevo pez gordo de la organización, que ni siquiera se molestó en preguntar para qué diablos quería unas gafas de sol en plena noche. Lo revolvió todo. Esperé hasta un momento propicio en el que se agachó y le mandé al *Nirvana* con un golpe de karate. Mucho me temo que se me fue la mano, porque el crujido de sus vértebras fue más que siniestro. Lo siento, chico. Hoy matas tú. Mañana te matan a ti.

Me senté frente al transmisor y manipulé el dial de frecuencias.

—Corto Maltés a Juanita Calamidad —era la clave acordada—. ¿Me recibe? Cambio —accioné la palanca para darles oportunidad de contestar, pero sólo me respondió la estática—. Corto Malíes a Juanita Calamidad. ¿Me recibís? ¿Estáis ahí? Cambio…

Nada. Otra vez la estática.

Empecé a ponerme nervioso. ¿Es que no tenían a nadie haciendo guardia frente a la radio? Lo intenté por tercera vez, pero, por tercera vez, oí el zumbido de la estática.

Iba a cerrar la línea y esperar mejor ocasión, cuando, de repente:

—Juanita Calamidad a Corto Maltés —era la voz de Issy—. Recibimos claro y fuerte. Comunique posición. Repito, comunique posición. Cambio.

—¡Menos mal! —suspiré—. Estoy en la isla, venid en cuanto podáis. Las coordenadas son…

No pude seguir.

A mis espaldas sonó un disparo y la bala se incrustó en el aparato, dando paso a una serie de silbidos histéricos.

Me volví, sintiendo que el estómago se me subía a la garganta.

En la puerta del camarote, se encontraban Zhong y tres de sus hombres, armados hasta los dientes.

—¿Se acuerda de lo que dije acerca de las diferentes formas de morir, señor James? —dijo sonriente—. Acaba de ganarse el derecho a disfrutar de la más lenta y dolorosa.

Ya lo creo que la disfrutaría. Hasta el último segundo. Pero él, no yo.

Ni siquiera me quedaba la posibilidad de que las chicas del DWARF me rescatasen. Aunque in tentaran hacerlo, no sabían dónde acudir.

Supuse que acabaría envidiando la suerte de las vietnamitas.

CAPÍTULO VI

—Debiste haberla matado —escupió Zhong, despectivo—. O, como mínimo, apalizado. Pero cuando fui a buscarte, estaba contenta y alegre, esperando tu vuelta. Y eso me dio mala espina.

—¿Y quién te dice que no soy un manitas?

—Ni siquiera la tocaste. Conocemos a esa chiquilla.

Se hizo a un lado y Li cayó rodando delante mío, empujada por uno de sus hombres.

—Ahora, lo más importante. ¿A quién llamabas?

Decidí probar la vieja táctica del farol.

—A los Cascos Azules. De un momento a otro, estarán aquí. Y esta vez no serán tan condescendientes con vosotros. Así que será mejor…

—Mientes —me cortó—. Tenemos contactos, lames. Si decidieran atacarnos, lo sabríamos. Por lo menos con veinticuatro horas de antelación.

Zhong apoyó el cañón de su pistola en mi frente.

—¿De quién se trata?

—Lo tengo en la punta de la lengua, te lo aseguro. Dame unos cuantos años y seguro que me sale.

—Muy gracioso —amartilló el arma—. Tienes tres segundos para decirme con quién hablabas y dónde está su barco.

—¿Tres segundos? Creo que os divertiréis muy poco. Si me haces durar…

—De acuerdo, como quieras.

Tres segundos después, estaba atado a una silla, rodeado por aquella pandilla de cuervos sedientos de sangre.

—Empezaremos por los métodos occidentales —anunció el jefe pirata—. Supongo que te resultarán más familiares.

Y me volvió la cabeza del revés de un puñetazo.

Fue la señal de partida. Por riguroso turno, sus muchachos se ensañaron conmigo, a pesar de las protestas de Li. Aunque, más bien diría que *gracias* a las protestas de Li. Sus sollozos y súplicas les parecían muy divertidos. Tanto, que, apenas me machacaban el hígado, me saltaban algún diente, o me aplastaban un testículo, se volvían riendo hacia la muchacha en espera de sus gritos.

No lo creerán, pero empecé a sentirme menospreciado. En teoría, me estaban torturando físicamente a mí, no mentalmente a la chica. Merecía un poco más de atención.

Cuando Zhong volvió a acercarse a mí, no tuve más remedio que levantar el pie hacia arriba, justo allí donde se unían sus piernas. El malayo se quedó helado, se dobló sobre sí mismo, retrocedió un paso y cayó en los brazos de sus gorilas.

Según ellos, me había portado muy mal. Y se vengaron. Lo último que recuerdo, es un puño de medio metro de diámetro dirigiéndose a mi sien. Después, la nada. La tranquila, pacífica e indolora nada.

Me despertó la brisa marina.

Creí que estaba alucinando, pero no. Estaba en un barco, un sampán. Y a mi lado, Zhong. Y un poco más allá, uno de aquellos energúmenos lanzando por la borda pedazos de carne ensangrentados.

Habían muchas más cosas y gente en la que fijarse, desde luego, pero desde que mis ojos se posaron en los desperdicios, no pude apartarlos de ellos.

Me levantaron de la cubierta y me obligaron a mirar por la borda. Media docena de tiburones se habían congregado en torno al barco y se disputaban ferozmente el festín.

Y empecé a temerme lo peor…

… que fue, exactamente, lo que ocurrió.

Me ataron una cuerda a las muñecas y me dejaron caer por la borda, hasta casi tocar el agua, para que sintiera el hocico de los tiburones a escasos centímetros de mis botas.

Mi situación levantó un clamor relativamente lejano. Levanté la vista y vi a los hombres de Zhong, congregados en el embarcadero, aullando y aplaudiendo enfervorizados. Al parecer, estábamos anclados en medio de la rada.

Le dieron un cuchillo a Li, la chica, y mientras la encañonaban para que no hiciera ninguna tontería, le ordenaron que fuera cortando la cuerda.

—*Non…* —negaba entre sollozos— *non, non, non…*

La angustia de la pobre chica les divertía enormemente. Ahí estaba yo, Indiana James, a punto de ser comido por los tiburones y la estrella principal era una chica vietnamita de quince años. ¡Luego dicen que la vida no es injusta!

—¡Corta la cuerda o te tiramos a ti a los tiburones! Ordenó Zhong en francés. Por cierto, muy buen francés.

—¡Hazlo, maldita sea! —Apoyé yo. No tenía sentido agregar su muerte a la mía que, por lo visto, era ya inevitable.

Li se agachó e hizo, con mano temblorosa, un pequeño corte en el cabo.

Saltaron algunas hebras.

Abajo, los tiburones se pusieron a dar saltos de contento. Tuve que patear el hocico del más ágil e impaciente.

—Por última vez, James —gritó Zhong—. ¿Quién tripula ese barco y cuál es ahora su posición?

Me permití ser sincero, ¿por qué no?

—¡No lo sé!

Sentí que la cuerda se estremecía violentamente y supuse que la estaban cortando. Pero me equivoqué. A la cuerda no le sucedía nada, pero al sampán, sí.

Con un crujido espantoso, alguna fuerza desconocida lo estaba partiendo en dos.

Pronto supe de qué se trataba. Lo supe al verlo. Era un proyectil, un misil

agua-agua

que había entrado por estribor y salió por babor sin estallar, pero despedazando cuanto se encontraba a su paso.

No sabía cómo era posible, no tenía ni idea de cómo lo habían averiguado, no me imaginaba qué habían hecho para llegar… ¡pero las chicas del DWARF acudían al rescate!

Lástima que fuera un poco demasiado tarde.

Porque, mientras el sampán aún se estaba partiendo, Zhong arrebató el cuchillo a Li…

… y cortó la cuerda.

Y allí iba yo, directo hacia las mandíbulas de una manada de tiburones.

CAPÍTULO VII

Caí, pero no caí solo.

A consecuencia del impacto, cuatro de los piratas me hicieron compañía entre los tiburones.

Un segundo después, se unía alguien más: Li. Ysiento confesarlo, con algo que me pareció mucho más atractivo que la propia chica: el cuchillo.

—¡Córtame las cuerdas! ¡*Coupé*! —grité, desesperadamente.

El terror de los malayos les hacía moverse espasmódicamente, incontroladamente. Y los tiburones parecían preferir a aquellos marchosos saltimbanquis, en lugar de a unos aburridos como nosotros. No obstante, poco tardarían en darse cuenta de nuestra presencia.

En cuanto estuve libre de mis ataduras, me apoderé del cuchillo y empezamos a nadar desesperadamente hacia la costa.

Sentí que algo me rozaba la pierna y creí que se trataba de Li. Estaba a punto de gritarle, cuando la vi nadando unos metros por delante de mí.

Si no se trataba de ella…

Me revolví justo a tiempo para esquivar la carga del escualo.

Pasó a mi lado con las mandíbulas muy abiertas, como diciendo: «¡Ooooooh!». No sé si de admiración por mi hábil maniobra o de desengaño por haber fallado. Me incliné por lo segundo, cuando las cerró en el aire, «¡chack!», con un sonido de los que no se olvidan fácilmente.

Mientras pasaba por mi lado, alargué la mano en la que conservaba el cuchillo. Sentí cómo la hoja se clavaba en su carne y, por unos instantes, me sentí arrastrado. Li perdió unas valiosísimas brazadas, completamente desconcertada, cuando me vio pasar junto

a ella y adelantarla sin hacer ningún esfuerzo visible por nadar.

El tiburón empezó a dar coletazos y el agua, a nuestro alrededor, se tiñó de rojo. Pero no pude aguantar más. El cuchillo se escapó de mi mano y el animal dio media vuelta, dirigiéndose a mar abierto, dejando tras de sí un reguero sanguinolento.

No sé si avisó a los demás que por allí corría un tipo peligroso, o sus compañeros, atraídos por la sangre, decidieron que era una presa más fácil, pero conseguimos llegar a la costa sin más problemas.

Mientras nadábamos y yo jugaba con mi mejor amigo, el tiburón, había estallado el caos.

El sampán de Zhong se hundía sin remisión y la espuma de maderas, hombres y escualos, bullía a todo su alrededor. Curiosamente, a la mayoría de embarcaciones ancladas en la rada, les ocurría lo mismo. El principal blanco de la línea de defensa costera parecía ser un carguero apenas entrevisto en el horizonte.

Debía tratarse de las feministas y eso me alivió, me desconcertó y me angustió al mismo tiempo.

Aunque no lo supieran, me acababan de salvar la vida: eso correspondía al alivio. No entendía cómo podían haber localizado la isla: incógnita al capítulo del desconcierto. Y, al descubrirme, los piratas habían tenido tiempo de tomar toda clase de medidas defensivas: motivo de preocupación. Aquello podía terminar en un desastre total.

—¡Quédate aquí y no te muevas pase lo que pase! ¿Entendido? —ordené a Li en francés—. ¡Pase lo que pase!

Asintió varias veces con la cabeza y empecé a trepar por el acantilado. Apenas había llegado a la cima, me topé con un pirata provisto de un «Kalashnikov». Bueno, no sabía si estaba al tanto de mi «traición», pero decidí no arriesgarme. Le lancé un pedrusco que rebotó en su cabeza, lanzando un sonoro eco como si la tuviera vacía.

Recogí el fusil y le di una patadita a mi amigo. ¿Tengo yo culpa de que rodase hacia el borde del acantilado? Bueno, quizá sí, pero ¿a quién le importa eso ahora?

Me dirigí hacia el interior de la isla, mezclado entre los piratas que corrían de un lado a otro, preguntándose si había empezado la tercera guerra mundial. A un par que se detuvieron, extrañados por

mi presencia, los aparté disparando a bocajarro. Las explicaciones, en el infierno.

El polvorín hervía de actividad. Los piratas entraban con las manos vacías y salían portando toda clase de armamento mortífero. Un poco de precaución no estaría de más. Cualquiera podía aplicarme el mismo tratamiento que estaba yo aplicando a sus compañeros: disparar primero y preguntar después.

Me tumbé en el suelo, apunté con cuidado a los cartuchos de dinamita que había colocado la noche pasada y…

«¡Rat-at-at-at-at!», rugió modestamente el «Kalashnikov».

¡¡¡BOUMMMMM!!!, estalló con derroche de decibelios el polvorín.

El caos se hizo inenarrable.

Una lengua de fuego azotó el aire en quince metros a la redonda. Me quedé sin cejas y flequillo, chamuscados y pulverizados. Más allá, de donde se encontraban los *bungalows*, llegó un ¡crassshhh! De cristales hechos añicos.

Un montón de piratas yacían fritos junto a los restos del polvorín y otros corrían aterrados, con la ropa y el pelo en llamas; los clientes del burdel empezaron a despertar y salir al exterior, con los ojos desorbitados y agitando los brazos como si pretendieran huir, emprendiendo el vuelo.

Estaba disfrutando de lo lindo, pero no podía quedarme a presenciar el espectáculo. Seguía teniendo trabajo.

Corrí hacia las inmediaciones del helipuerto y recogí los cartuchos de dinamita que había abandonado en sus inmediaciones, justo a tiempo. Dos helicópteros «Starlight» de asalto se disponían a partir. Uno, incluso, estaba tomando altura cuando conseguí colar en su interior uno de los paquetes.

¡Brammmm!, estalló, esparciendo fuego y metralla por toda la área de aterrizaje, antes de caer. Derivó errante a un lado y a otro, antes de desplomarse encima de su compañero, envolviéndolo en llamas. Bien, así me ahorraba dinamita.

Corrí hacia las rocas del acantilado y desde allí, vi algo que me dejó pasmado: de la tripa del carguero, que se había acercado lo suficiente como para poder leer su nombre: *Juana de Arco*, surgían dos lanchas de desembarco.

Cañones y baterías, las que quedaban en pie, se enfocaron hacia ellas.

Y yo, desde la retaguardia, bien parapetado entre las rocas, me dediqué a hostigar a los artilleros a ráfaga limpia.

Cuando los artilleros de una de las piezas repararon en mí, intentaron girar su batería. Después de todo, no me sobraría dinamita. Prendí la mecha y lancé el paquete. La onda expansiva empujó el arma y su dotación hacia el acantilado. Si la explosión no había resultado suficiente, cincuenta metros de caída libre sí lo serían.

Me batí en rápida retirada.

En esos momentos, las lanchas estaban arribando a la playa y, varias docenas de chicas uniformadas y armadas hasta los dientes, se lanzaban hacia su Normandía particular. Los pocos piratas supervivientes no lo pasarían nada bien.

Y me tumbé en la espesura de la vegetación. El DWARF podía acabar con la resistencia sin mi ayuda.

De repente, me senté de un salto. Había algo que no quería dejar para las feministas, aleo de lo que quería encargarme personalmente: Zhong.

Emprendí una rápida carrera hacia la playa. Si había conseguido escapar del sampán, si había alcanzado la costa, debía estar allí…

… pero no conseguía verlo por ninguna parte. ¿Habría caído durante la refriega? No, no podía ser. Hasta ese instante, me había acompañado la suerte. No podía haber muerto.

Al fin, le divisé hacia el oeste, separado del combate. Y no iba solo. Estaba acompañado por dos personas: un tipo enclenque y una chica con revólver, látigo y sombrero: Badén Powell.

Virgin y su esclavo, Brains.

Ella parecía estar interrogándole. Naturalmente, no oía lo que hablaban, pero podía percibir el terror en cada uno de los movimientos del pirata y la impaciencia de Virgin en los suyos.

Hasta que, de repente, Zhor dijo algo y Virgin se relajó. Se relajó tanto, que debió apretar el gatillo. La cabeza del pirata reventó como una sandía madura. El cuerpo se movió espasmódicamente unos segundos, antes de desplomarse.

Acto seguido, Virgin y Brains echaron a correr hacia el centro de la isla. Y aquello me escamó, me olió mal, me dio mala espina. Les seguí. Primero, entre las rocas y, luego, entre el follaje.

Ellos no sabían que yo estaba allí, así que me pude acercar,

sigilosamente, lo bastante como para escucharles.

—¡Ahí está el tronco! —gritó Brains.

—Bien. Ahora, uno, dos, tres pasos a la derecha y… ¡ya lo tengo!

Los dos se arrodillaron en el suelo y empezaron a excavar. Limpiaron un rectángulo de tierra y hierbas, bajo el que apareció una losa con una argolla. O mucho me equivocaba, o aquello parecía la búsqueda de un tesoro.

Brains, haciendo un esfuerzo desorbitado, levantó la losa.

—Ese imbécil no ha mentido —celebró Virgin, iluminando con una linterna las profundidades—. Vamos, abajo.

Brains se dejó caer por el hueco, seguido de Virgin. Por el aullido de dolor que surgió del agujero, adiviné que ella había caído encima del infeliz.

Aquello era demasiado tentador para perdérselo. Puse el seguro del «Kalashnikov», me abracé a él pegándolo contra mi pecho y salté.

Allí donde hubiera ido Virginia Jane Scapin, también podía ir Indiana James.

CAPÍTULO VIII

Mientras caía quité el seguro del fusil, lo puse en posición horizontal y, cuando aterricé dos metros más abajo, ya lo tenía encarado a Virgin.

—¡Quietos los dos! —grité.

Y quizá se quedaron quietos ambos. Pero yo no podía saberlo. Delante de mí, sólo se encontraba la mujer.

¡Mierda! ¡El petimetre debía estar detrás!

Una embestida a traición me lo confirmó. Perdí el «Kalashnikov», rodé por el suelo con el alfeñique y terminé estampándolo contra una pared. Todo en dos segundos.

Demasiados, Virgin no sólo me apuntaba con su revólver, sino que había desenrollado su inseparable látigo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, entre sorprendida y divertida—. Pero si es nuestro amigo, el imbécil James. ¿No te han dicho que está muy feo eso de ir detrás de las mujeres?

—Sí, pero estoy seguro que a ti te encanta.

—Tan gracioso como siempre —escupió—. Eres tan galante, que me sabrá horrorosamente mal tener que eliminarte.

Hice un ademán para abarcar la cueva donde no encontrábamos:

—Así nunca se sabrá que, además de los trescientos mil dólares, intentas sacar una pequeña prima, ¿verdad?

La cueva tenía las dimensiones de una habitación grande y sus paredes estaban recubiertas de estanterías metálicas En ellas, refulgían decenas y decenas de ojos de mil colores y facetas: diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas… Y eso, sin contar los lingotes de oro y plata.

Por supuesto. El prostíbulo solo era una parte del negocio de Zhong y los suyos. El saqueo completaba el cuadro.

—Estos pobres objetos se han quedado huérfanos y no tengo otro remedio que adoptarlos, James —siguió diciendo, divertida—. ¿No ves cómo me hacen guiños, suplicándome que me los lleve?

Y, sin dejar de apuntarme, empezó a llenarse los bolsillos de piedras preciosas, escogiendo siempre las más valiosas.

—Eso es de las chicas, Virgin —traté de razonar—. Lo necesitarán cuando salgan de aquí.

—¡Oh, no te preocupes tanto por ellas. James! Al fin y al cabo, en esta isla han aprendido un buen oficio, ¿no?

Seguía con la pistola, pero había tenido que dejar el látigo y estaba allí, al alcance de mi mano. Si se despistase un segundo, un solo segundo…

Y se despistó. No porque yo lo deseara, no a causa de una de mis geniales estratagemas, no porque le cegase la codicia, no… Nada de esas zarandajas noveleras.

Se despistó a causa del estertor siniestro de Brains, que empezaba a recobrar el conocimiento.

Rodé por el suelo, empuñé el látigo y lo hice restallar en el aire. La punta del látigo acertó en su muñeca y la pistola saltó disparada como si tuviese vida propia.

Tomándome un solo segundo para patear la cabeza de Brains, me lancé sobre ella y nos revolcamos por el suelo como dos quinceañeros descubriendo el amor. Un símil afortunado, porque el cuerpo de Virgin era mucho más apropiado para ser acariciado que golpeado.

Con el mío no debía ocurrir lo mismo, porque me arañó, mordió, golpeó y pegó rodillazos en mi punto G. Yo trataba de sujetarla e inmovilizarla. Cuantas mejores condiciones presentase frente a las DWARF, mejor.

Y de repente, como agradeciendo mi preocupación, su enésimo mordisco se convirtió en un beso apasionado.

Se me aflojaron los músculos, me resbalaron las neuronas, se me distendió todo excepto una cosa —dejemos los detalles, ¿quieren?— y me olvidé que, hasta hace unos momentos, su única pretensión era jugar al billar con sólo dos bolas. Las mías.

Resumiendo: que me cogió por sorpresa y todas las defensas bajas.

Y me abandoné a ella.

Sí, ya sé. Eso de que un acceso de furor se transforme en deseo pasional, sólo ocurre en las películas. Y si hubiera estado en mis cabales, me habría dado cuenta, pero… ¿qué quieren que les diga? Uno no es de piedra. Y en la posición que me encontraba, podía afirmar, fehaciente, palpable, inequívocamente, que Virgin tampoco.

Aún ahora, al escribir esto, enrojezco de vergüenza, me sofoca el oprobio y me apabulla la ignominia de aquella estúpida y temporal debilidad. Pero, así ocurrió y así lo relato.

Seguimos rodando unos segundos más, hasta que ella quedó sobre mí. Entonces, acariciándome con la mirada, se irguió lentamente, aún sentada encima de mí, y empezó a desabrocharse la camisa, botón a botón. Yo… Bueno, yo no hacía más que mirar, absolutamente embobado.

Ni siquiera moví una pestaña, cuando me aplastó las narices de un puñetazo. Es más, ni siquiera la vi mover el puño. Estaba ocupado observando otras cosas.

Salló hacia atrás y corrió hacia los peldaños clavados en la pared, escalándolos con la agilidad de una acróbata.

Huía. Y huía con los bolsillos llenos de piedras preciosas.

Tardé unos segundos en recuperarme.

Cuando lo hice, me eché al hombro a Brains, recuperé el «Colt» y el «Kalashnikov» y vagué por la isla hasta el edificio principal, frente al cual se habían congregado las feministas tras su victoria.

Tengo que reconocer algo. Al verme, me recibieron con vítores.

—¿Cómo diablos conseguisteis encontrar la isla? —Fue lo primero que les pregunté.

—Bueno, no nos fiábamos mucho de ti… —reconoció Issy.

—Piénsalo, nene —siguió Sol—. Cualquier desgraciado puede cogerle gusto a eso de violar niñas.

—Ya no importa —intercedió Maggie—. Mientras dormías, la primera noche, ayudado por el somnífero que te endosamos en la cena, se te implantó un micro-transmisor bajo la piel.

Estaba a punto de soltar unas cuantas recriminaciones, un buen surtido de insultos, una retahíla de maldiciones, y un aluvión de protestas… pero me callé. Gracias a ese micro-transmisor, seguía vivo.

Les informé de la existencia de la Cueva y acusé a Virgin de

haberse llevado parte de los diamantes. Fue un error.

—¿Yooooo? —protestó, abriendo mucho los ojos, estupefacta, humillada, confundida, desconcertada por la vil e infame calumnia. ¡Qué carrerón podía haber hecho en Hollywood!—. ¡Ni siquiera sé de qué está hablando! ¡Registradme, si queréis!

—A buena hora… Has tenido tiempo más que suficiente para esconder las piedras.

—Es mi palabra contra la tuya, James —trono la voz de Virgin.

Y perdió la mía.

Naturalmente.

Epílogo

Me despedí de todas ellas en Bangkok.

De las chicas del Dwarf, de Virgin, y también de Li, que se pegaba a mí como una cría a su madre y no acababa de comprender por qué no podía seguir conmigo y servirme fielmente toda su vida. Las feministas iban a tener mucho trabajo para convencerla de lo contrario.

Lloró, gimió, suplicó y pataleó. Fue una despedida triste.

La de Virgin, no. La de Virgin fue sardónica.

Me mostró un puñado de diamantes, mientras decía:

—Ningún incauto ha pagado tanto por el beso de una mujer. James.

—Nos volveremos a ver, Virgin —amenacé yo, molesto por aquel recuerdo estúpido—. ¡Y me las pagarás! ¡Todas juntas! ¡Tenemos una cuenta pendiente! ¡Y es muy larga!

—¿Bastará con otro beso, entonces? —ironizó. Y estalló en carcajadas.

Pero la despedida más tensa, fue la de las Dwarf. Sobre todo, cuando pretendí cobrar los gastos.

¿Un junco? ¿Quién me había mandado comprar un junco? Eso no era necesario. Nada era necesario, según ellas. Ni el junco, ni el «Oldsmobile», ni las armas…, ¡nada!

—No tenemos por qué pagarte el capricho de ir destrozando cosas por ahí… —sentenciaron.

No tenía más remedio que quedarme en Bangkok, con mil dólares en el bolsillo. La misma cantidad que tenía, cuando empezó todo en Bissau.

Aunque me dieron una alternativa. ¡Oh, sí!

Podía embarcarme con ellas hasta San Francisco. Me llevarían

con mucho gusto.

Escogí Bangkok.

Por supuesto.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver En busca de la prehistoria, publicado en el n.º 5 de esta colección. <<